

B I L A N

Bulletin théorique mensuel de la
Fraction de Gauche du P. C. I.

BOLETÍN TEÓRICO DE LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA DEL P.C.I.

BILAN Nº 5, MARZO DE 1934.

LOS PRINCIPIOS: Armas de la revolución

Todo el mundo ensalza el valor esencial que tienen los principios para la lucha proletaria y revolucionaria. Sin embargo, esta simplemente es una afirmación verbal que ni refleja su verdadero significado, ni tampoco expresa las divergencias que existen a la hora de establecer las posturas políticas alrededor de las cuales la clase proletaria debe desencadenar tanto sus luchas contingentes como su lucha final. En las circunstancias actuales –la corrupción de la ideología que recorre los medios que se dicen comunistas–, podemos distinguir dos aspectos particulares de esta deformación del significado de los principios.

El primer aspecto podríamos llamarlo de repertorio o catálogo. El militante, sobre todo el dirigente proletario, tiene una enciclopedia marxista en la que se encuentran resumidos en sencillas fórmulas los principios que, ya se los achaquemos a Marx o a Lenin, nos permiten fabricar un “marxismo” o un “leninismo” bíblicos de los que se pueden sacar algunos anatemas contra los “herejes”. Y los herejes son aquellos que protestan contra esta repetición de la política de Marx o Lenin en unas situaciones que son completamente distintas, tratando de que estas nuevas experiencias de la lucha proletaria se reflejen en los principios. Estos supuestos marxistas o leninistas convertirán a Marx o a Lenin en un dios, pero su veneración es sólo aparente, pues en realidad lo que hacen es apuñalar a estos grandes jefes proletarios. Cada vez que tengan oportunidad, plantearán este interrogante: ¿se trata de una cuestión de principios? Si la respuesta es negativa, entonces hay que dejarse llevar por lo que sugiere la situación, dedicarse a sopesar las ventajas que se puede obtener de la lucha. Pues en definitiva, tanto Marx como Lenin, por más intransigentes que fueran en las cuestiones de principios, ¿acaso no se lanzaban a la pelea para obtener el mayor número posible de aliados, sin atender a la naturaleza de estos, sin preguntarse previamente si su naturaleza social podía suministrar algún apoyo a la lucha revolucionaria? Para este marxista enciclopédico, Marx y Lenin no son más que unos intrigantes de gran envergadura que, si lograron victorias para el proletariado, fue justamente porque no dejaron que los principios guiaran la lucha obrera.

La segunda deformación se podría resumir en la fórmula de la “teoría de la experiencia”. El militante se plantea los principios que deben guiarle en una situación determinada, pero para él esta postura sería válida si todos los obreros fueran comunistas, piensa que sólo entonces sería positivo aplicarla, pero que hay que tener en cuenta las circunstancias concretas y sobre todo la mentalidad de los obreros. Por tanto, se decantará por una posición intermedia y dirá que la evolución posterior de la lucha encaminará a los obreros hacia las armas y hacia las organizaciones que les permiten luchar y vencer. La victoria revolucionaria no se logrará sino después de pasar por este conjunto de experiencias inevitables.

Este artículo pretende poner en evidencia la importancia fundamental que tienen los principios, así como refutar las dos deformaciones que hemos mencionado.

AUTOMATISMO ECONÓMICO O CONCIENCIA DE CLASE

La catástrofe de la Segunda Internacional también vino como resultado de la gangrena que se desarrolló en el transcurso de la formación del pensamiento marxista y proletario. Lenin, en sus trabajos sobre el “empirocriticismo*”, restableció los fundamentos de la ideología de la clase obrera.

La muerte de la Tercera Internacional vuelve a plantear estos problemas tan importantes. El deber de los comunistas, por tanto, es romper con la quietud que se esconde tras unas fórmulas que amenazan con hacernos incapaces de comprender las situaciones actuales. Pues estas fórmulas, en lugar de reflejarse en enunciados programáticos, hacen que las contingencias desfavorables que sufrimos repercutan en nosotros mismos.

En el artículo “*La crisis del movimiento comunista*”, publicado en el nº 2 de *Bilan*, hemos tratado de refutar los que nos parece que hoy es la deformación esencial que sufre el marxismo, mediante la formulación de un programa de lucha de la clase obrera. Comparado con todas las doctrinas históricas precedentes, sabemos que el marxismo aporta un nuevo elemento: la evolución histórica puede reducirse a la ley de la evolución de las fuerzas productivas y económicas. Pero a partir de este concepto fundamental, confirmado plenamente por la evolución de la sociedad capitalista, hay quien deduce esto: el mecanismo productivo no sólo representa el origen de la formación de las clases, sino que también determina **automáticamente** la actividad y la política de las clases y de los hombres que las componen; esto supone simplificar el problema de las luchas sociales de una manera singular; los hombres y las clases no serían así más que marionetas movidas por las fuerzas económicas. Sin embargo, esta exagerada simplificación no nos permite en absoluto comprender las situaciones, pues sobre esta base es incomprensible que una minoría capitalista pueda asegurar la conservación de su régimen levantando su aparato de dominio con el material que le ofrecen las clases explotadas, o bien que el capitalismo arrastre a la guerra a unas fuerzas sociales directamente interesadas en que se desencadene la revolución. Por otra parte, a los explotados no les es difícil comprender cuál es su condición económica, pues a pesar de no conocer la teoría de la plusvalía comprenden perfectamente su mísera situación; por tanto, según esta forma de ver las cosas, los trabajadores estarían evidentemente interesados en dejar que las fuerzas económicas actuaran libremente sobre la enorme mayoría de la sociedad capitalista, llevándola a la victoria revolucionaria.

Pero el marxismo no tiene nada que ver con estas groseras deformaciones que convierten la ciencia histórica, económica y política en una alquimia, una piedra filosofal según la cual el enfrentamiento de los intereses económicos establece automáticamente la ideología y el papel de las fuerzas sociales, en cualquier circunstancia. Es cierto que el mecanismo económico da lugar a la formación de las clases, pero es totalmente falso que este mecanismo lleve inevitablemente a las clases a tomar el camino que conduce a su desaparición o a su plenitud. La dependencia de las clases del proceso productivo sigue una vía bastante más compleja. Las clases, al igual que todas las formas de organización social (desde la prehistoria hasta el capitalismo), se forman, se entrelazan, se desarrollan y desaparecen siguiendo una ley que no es reflejo directo de las necesidades objetivas de la evolución de la economía, sino que es reflejo inmediato de los intereses de la clase que dirige la sociedad, aunque ésta se encuentre condenada por el desarrollo del mecanismo productivo. Este “automatismo económico” al que se reduce el marxismo, desde luego, puede sorprenderse ante las para él “absurdas” situaciones de Italia y Alemania, donde el fascismo ha podido instalarse con el apoyo de una parte de las masas explotadas. Pero el marxismo comprende perfectamente estos fenómenos, que lejos de ser “absurdos” se explican por las posibilidades de la acción política, la

* *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin.

potente acción política que puede desplegar una clase que, como la capitalista hoy en día, se encuentra absolutamente proscrita por el desarrollo de los medios de producción, que han madurado las condiciones para la sociedad socialista.

Según Engels, podemos afirmar que antes de que llegue la época histórica en la que la evolución económica se reflejará en la evolución de la humanidad, cuando el hombre ejerza su dominio sobre las fuerzas de la economía, habrá que atravesar toda una serie de revoluciones que suprimirán, junto con las clases, todo privilegio que resulta de la apropiación de los medios de producción o de la explotación de las capacidades individuales y naturales. Por tanto no será sino en un lejano futuro cuando podamos hablar de paralelismo entre el proceso económico y el proceso social, pero incluso entonces el análisis económico no nos explicará la evolución histórica, pues su fin no será más que la satisfacción racional de las necesidades.

En el artículo citado anteriormente, aclarábamos que **la acción de las clases sólo es posible si estas comprenden su papel histórico y los medios que deben emplear para lograr el triunfo**. El mecanismo económico es el que da lugar al nacimiento y desaparición de las clases. Pero para triunfar, éstas deben **resolver unos problemas sociales**, así como para resistir el asalto de la nueva clase deberán resolver otros problemas sociales. Dado su objetivo, las clases deben ser capaces de darse una configuración política y orgánica, a falta de la cual, aunque se trate de la clase cuyo triunfo viene determinado por la evolución de las fuerzas productivas, se arriesgan a permanecer mucho tiempo prisioneros de la vieja clase, quien a su vez tratará de detener el proceso de la evolución económica para resistir.

A partir del sustrato económico se forman tanto las clases como los contrastes y el enfrentamiento de los intereses que surgen en una sociedad en la que el privilegio lo detenta la formación social que posee los medios de producción. Estas clases y contrastes son fruto de las tendencias **colectivas** que empiezan a desarrollarse desde el siglo XVII (la economía feudal se basaba en la servidumbre y las corporaciones), cuando dio comienzo una nueva fase de la historia, en la que el capitalismo, en definitiva, no hacía sino expresar la necesidad de liberar la economía de los lazos personales y de asegurar el nuevo régimen que se basaba en la entrega de los medios de producción a los grandes capitanes de la industria, para que estos consolidaran su desarrollo. El capitalismo aparece como una nueva economía desde el siglo XVII, como producto de los cambios sobrevenidos en las fuerzas de producción. Comienza a recorrer su camino histórico dentro de la propia sociedad feudal, y va aumentando su poder político a medida en que aumentan las posiciones económicas conquistadas dentro de la vieja sociedad. Esta posibilidad de penetración gradual y pacífica del capitalismo se debía –como explicamos en el nº 2 de *Bilan*– a que el objetivo de la burguesía era sustituir el privilegio existente por el suyo propio. La joven burguesía en ningún momento pretendió que toda esta producción científica, artística y filosófica refluiese o coincidiera con los intereses económicos de los campesinos, los artesanos y de todas las capas medias, capas indispensables para poder consolidar su victoria. Al contrario, centralizó toda la actividad intelectual y política hacia los intereses particulares de su clase, y si pudo vencer fue porque era ella a quien le correspondía el papel protagonista de esta transformación social, de la revolución, tarea para la cual reclutó a unas formaciones clasistas que tenían unos intereses económicos profundamente hostiles a su triunfo, pues lo único que los pequeños productores pueden esperar del capitalismo es el estrangulamiento de sus economías intermedias.

El capitalismo, como todas las clases, necesita una **conciencia de clase** para cumplir su misión histórica, y la adquiere a medida que mejoran sus posiciones económicas dentro de la vieja sociedad. Puede llevar a buen término su misión gracias al apoyo de las clases cuyo interés económico se opone a su victoria porque, en definitiva, la dinámica de la historia incita a las clases que no tienen futuro propio a juntarse con

las que sí que lo tienen. Hemos querido señalar esta contradicción, entre los intereses de los pequeños productores y su participación en una revolución que amenazaba esos intereses, para explicar que el propio capitalismo necesita un sistema de principios para intervenir en la sociedad y que su ascenso y su victoria no dependieron simplemente de la mejoría de su situación económica. Como hemos demostrado, el capitalismo logró delimitar sus principios, concretar su conciencia y comprender su misión únicamente gracias al progreso de su situación económica en el seno de la sociedad feudal. Pero tal y como decía Engels, el capitalismo es la última etapa de la prehistoria, cierra la época de las revoluciones que concluyen con el establecimiento de nuevos privilegios. Su propia victoria viene acompañada de unas condiciones productivas que empujan al proletariado a adueñarse de la dirección de la sociedad.

CLASE FUNDAMENTAL Y ESTRATOS INTERMEDIOS

Tal y como ocurre con otras clases que han llevado a cabo transformaciones sociales y revoluciones, para cumplir su papel, el proletariado necesita un sistema de principios. No obstante, entre el proletariado y las clases que le han precedido existe una diferencia fundamental, fruto del específico papel histórico que le corresponde al proletariado. Como su objetivo no es levantar otro privilegio cuando destruya la sociedad capitalista, no puede fundar su clase ni progresar basándose en unos principios que provengan de su situación económica. Entre todas las clases de la sociedad capitalista, el proletariado es la única que puede construir la sociedad futura, por tanto esta lucha solo puede basarse en unas nociones políticas que, al ser el resultado del particular programa de su clase, arrastren a la lucha a las capas sociales intermedias, que no tienen un verdadero interés económico en que triunfe la dictadura del proletariado. En efecto, estas clases medias provienen de la incompleta transformación industrial de la economía, y su ideología expresa el peso muerto de estas formas intermedias de producción aplastadas por el desarrollo industrial en el régimen capitalista. Estas formas se verán más oprimidas aún bajo la dictadura del proletariado, que eliminará toda traba y freno a la extensión de las fuerzas productivas. Este lugar intermedio que ocupa la pequeña producción, sin perspectivas de futuro, determina las fluctuaciones de la pequeña burguesía, que estará tanto más dispuesta a saludar al gran capitalismo (el “régimen fuerte” de MacDonald, Doumergue o el fascismo) como el régimen que le permite un respiro, una vuelta a la tranquilidad, cuanto más se esfuerce el capitalismo en frenar el desarrollo de las fuerzas de producción que amenazan la pequeña producción. Estas clases medias sólo se unirán al proletariado en particulares circunstancias históricas, cuando eclosionen las contradicciones del régimen capitalista y la clase obrera pase al asalto revolucionario. Entonces se verán en la necesidad de unir su lucha desesperada a la lucha consciente del proletariado por la victoria revolucionaria. Pero se trata de ciertas ocasiones históricas, y no del proceso general de la lucha que debe conducir el proletariado. Por más que éste explicara al pequeño productor las ventajas individuales que obtendría pasando de su incierta situación en el régimen capitalista a la de asalariado, cuyos intereses estarían garantizados por el Estado proletario, no hallaría en él a un posible colaborador para establecer los principios que permiten que las luchas revolucionarias eclosionen. La ideología del pequeño burgués se debe menos a su situación económica que a su compleja personalidad, por lo que tiende más bien a aferrarse al capitalismo con la perspectiva de conservar esa pequeña propiedad que, según él, le da su “digna independencia”. En el trascurso de su lucha, por tanto, el proletariado deberá tener en cuenta el papel histórico que corresponde a estas clases medias y, retomando por su cuenta las reivindicaciones que pueden atraer a los pequeño-burgueses arruinados por los impuestos, subordinará estos objetivos a los suyos, pues sólo sobre la base de los principios de la clase proletaria pueden ser útiles los movimientos de la pequeña burguesía. Si esta permanece aislada durante la lucha proletaria, servirá directamente a los intereses de la represión burguesa y apoyará la instauración de un gobierno que trate de asegurar la dictadura del capitalismo.

FORMACIÓN DE LA CLASE PROLETARIA: SINDICATO Y COOPERATIVAS

Las posiciones económicas conquistadas en el seno de la sociedad feudal no eximieron al capitalismo de la necesidad de establecer ciertos principios para fundar su sociedad. El capitalismo nos ha demostrado que si bien las clases hallan su razón de ser en la infraestructura económica, la acción social de la clase llamada a realizar una tarea histórica de transformación de la sociedad debe reflejarse en un programa que sea capaz de absorber los intereses, no sólo económicos, sino también intelectuales, psicológicos y políticos del conjunto de formaciones sociales existentes. Ya hemos explicado que esto no consiste en hacer una **mezcla disparatada**, juntando las ideologías particulares de cada clase, sino que se trata de la **resultante** de un proceso enormemente complicado y que se establece siguiendo los intereses fundamentales de la clase revolucionaria. El capitalismo logró que el conjunto de la sociedad se movilizara contra el feudalismo alrededor de sus propios objetivos de clase. La sociedad que quería fundar era “su sociedad” porque toda la producción económica, política e intelectual de las diferentes formaciones de la sociedad se reunían en un punto central: el triunfo de su clase y su acceso a la dirección de la sociedad, la victoria de la organización social que se correspondía con los intereses de su dominio. Al igual que el capitalismo, el proletariado también necesitará establecer unos principios propios que absorban las oposiciones, las conmociones y los trastornos que son producto de la sociedad capitalista para dirigirlos hacia la instauración de la dictadura proletaria, la etapa que permite que desaparezca el Estado y las clases, para fundar luego la sociedad comunista.

Aunque el capitalismo, a la hora de elaborar su programa histórico, pudo proceder de manera no sistemática, desordenada y contradictoria, el proletariado se ve obligado, en cambio, a establecer previamente las bases políticas que permiten la eclosión de las luchas revolucionarias. El capitalismo termina concretando el programa de su lucha histórica en el siglo XIX, es decir, al final de su trayecto histórico. Hasta la víspera de su victoria, su inteligencia histórica se va desarrollando gradualmente a medida que sus posiciones económicas se abren camino en el seno de la vieja sociedad. El proletariado debe seguir un camino inverso: el *Manifiesto Comunista*, donde están formuladas las reivindicaciones históricas de la clase proletaria, aparece cuando el proletariado se ve obligado a abordar la realización de su tarea. La *Declaración de los derechos del hombre* llega cuando la burguesía ha triunfado, concluyendo su camino como clase revolucionaria. Ya hemos señalado otra diferencia esencial entre el proceso de formación de la clase capitalista y el de la clase proletaria, que hace que este último no dependa de las posiciones económicas que detenta el proletariado en la sociedad capitalista. Las cooperativas –incluso las de producción, que a primera vista parecen “islotos socialistas”– no hacen mella en las relaciones de producción en las que se basa la sociedad capitalista. La cooperativa puede distribuir la plusvalía de manera menos desfavorable para los obreros, pero no puede suprimir esta plusvalía y devolver a los societarios el valor íntegro de sus productos, pues en tal caso no sobreviviría a la competencia del mercado. Y el desarrollo de la cooperativa, como empresa, no puede concebirse reduciendo constantemente la plusvalía, sino acelerando el ritmo de acumulación para igualar y superar a las empresas capitalistas. Esto lo ha demostrado, además, la experiencia belga, en la que el señor Anseele¹ no ha dudado en proponer al Consejo Central del P.O.B. que las grandes cooperativas se transformaran en potentes sociedades anónimas, pensando que esto supone unas condiciones positivas del éxito socialista. El progreso de las instituciones económicas del proletariado no conduce más que a la transformación de las cooperativas obreras en empresas capitalistas.

¹ Édouard Anseele fue un político socialista belga. Promotor del movimiento cooperativo, tras la primera guerra mundial ocupó sucesivamente varias carteras ministeriales.

A menos que estos organismos económicos sean considerados como bastiones para ayudar al conjunto del movimiento obrero, como medios suplementarios de resistencia, no tienen significado para su lucha. Una vez que la cooperativa haya adquirido la maquinaria indispensable para no ser aplastada por el mercado, deberá entregar los beneficios procedentes de su explotación a los organismos específicos de lucha proletaria, particularmente a los sindicatos.

En lo que respecta al aumento continuo y progresivo de la conciencia de clase del proletariado, la cooperativa, y en general las instituciones económicas, no suponen ninguna condición favorable: estos organismos sólo pueden desarrollarse de forma independiente y autónoma si falsean su significado proletario y se transforman en empresas capitalistas. Sólo serán útiles a la causa proletaria si permanecen bajo control de los organismos de lucha del proletariado, renunciando así a desempeñar una función fundamental en el movimiento proletario para cumplir únicamente una de apoyo.

En lo que concierne a los organismos de resistencia a la explotación capitalista, ya hemos puesto en evidencia que la clase no se formará, no abordará su tarea histórica ni logrará la victoria proclamando su oposición económica o luchando por lograr una parte mayor del pastel representado por el conjunto de la producción, o incluso su totalidad. Para el capitalismo, cuyo papel histórico no era más que el de llevar a cabo una sustitución en el dominio del pastel, el problema a resolver era cómo reunir al conjunto de la sociedad alrededor de la nueva organización que permitía la extensión tanto de la técnica como del conjunto de las necesidades humanas* de la época.

Los sindicatos, en los que los obreros luchan por resistir a la explotación del capitalismo, representan lugares adecuados para la formación de la conciencia de clase del proletariado (Marx los llamaba “escuelas de socialismo”), pero no son los instrumentos que pueden llevar a la clase obrera a la victoria. Tal y como hemos dicho, el hecho de que el sindicato se amplíe numéricamente no significa que aumente la capacidad de lucha del proletariado, ya que este no puede desprenderse de la empresa capitalista sino en la medida en que realiza sus intereses revolucionarios e históricos; la existencia de las Trade Unions o el sindicato belga, que aparentemente tiene un poder enorme, no supone la conquista de una posición ventajosa frente a la patronal, ni siquiera en el terreno reivindicativo. ¿Nos decantamos entonces a favor de los sindicatos mayoritarios, o de los sectarios? Esta conclusión se la dejamos a aquellos que porfían sobre el movimiento revolucionario, especímenes que pueblan actualmente el movimiento comunista hasta abarrotarlo. Nosotros respondemos sencillamente que nos decantamos por el sindicato que abarque a amplias masas, que se base en la simple adhesión programática a la lucha reivindicativa contra la patronal. No obstante, planteamos como una condición esencial y prejudicial, incluso en el lo que respecta a las reivindicaciones, la **necesidad** de que las fracciones de todos los partidos políticos que actúan en el seno de la clase obrera puedan actuar abiertamente en este terreno sindical, pues esto hace posible la actividad abierta y completa de la fracción del partido político del proletariado en su nombre y permite una eficaz lucha sindical.

GÉNESIS Y DESARROLLO DE LA CONCIENCIA DE CLASE: EL PARTIDO

* Empleamos el término “necesidades” no en el sentido abstracto que le atribuye la economía pura, que siendo la metafísica aplicada a los fenómenos económicos no puede más que llegar a soluciones arbitrarias. Empleamos esta palabra en su sentido histórico, es decir, esencialmente relativo, y consideramos la necesidad no como atributo orgánico de no importa qué individuo, sino como algo que surge del medio en el que éste vive. Esto nos permite afirmar que el burgués, tratando de satisfacer sus necesidades como dueño absoluto de la economía y la sociedad, puede arrastrar a su lado al campesino, cuyos estrechos horizontes no buscan más que deshacerse de la servidumbre feudal.

En la época actual, el eje de todos los acontecimientos históricos es la lucha entre dos formas sociales. El proletariado logrará dirigirse hacia la eclosión de la nueva sociedad, no ya apoyándose en la extensión de la oposición económica de su clase y de otras clases explotadas por el capitalismo, sino sobre la base del armamento ideológico de estas fuerzas sociales, logrando que estas adquieran conciencia de que es necesario desencadenar la revolución para fundar una nueva sociedad. Esto es lo que hicieron todas las clases que precedieron al proletariado en las luchas revolucionarias: necesitaban un sistema de principios para actuar en la historia, aunque este material ideológico tuviera su génesis en su situación económica.

La Declaración de los Derechos del Hombre, que se formula al final del trayecto recorrido por el capitalismo como clase revolucionaria, se opone al *Manifiesto Comunista*, que aparece al inicio del movimiento revolucionario del proletariado. Pero eso no significa que el *Manifiesto Comunista* sea el punto y final del trabajo ideológico del proletariado o que sea posible convertir este *Manifiesto* en una enciclopedia que nos permita consultar las ventajas que se puede obtener en cada circunstancia, o cómo evolucionarán de las luchas que deben llevar a los principios del *Manifiesto* hasta la victoria. Frente a la Declaración de los Derechos del Hombre, el *Manifiesto* representa una oposición histórica fundamental, aunque no es menos cierto que este *Manifiesto* hay que enriquecerlo con los principios que se van condensando durante las sucesivas luchas del proletariado hacia la revolución.

Al igual que le ocurrió al capitalismo, la victoria revolucionaria del proletariado no vendrá como resultado directo de una transformación de las fuerzas productivas, por otra parte ya dominadas por la economía industrial. Ya en el siglo XIX, el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas permitía al proletariado abordar la tarea de fundar su organización social. Pero para impedir la victoria del proletariado está toda la organización de la sociedad capitalista, y por ello sólo una revolución permitirá, mediante la instauración de la dictadura del proletariado, modificar el sustrato económico para transformar la sociedad hacia el comunismo.

Un **proceso histórico** acompaña al movimiento proletario –para la burguesía el proceso se escalonó en cuatro siglos–. El *Manifiesto* es el punto de partida de este proceso gradual, así como las primeras corporaciones, las comunas y el mercado internacional fueron las bases sobre las que se formó la clase capitalista. El proletariado emprende su camino basándose en los postulados ideológicos del *Manifiesto*. Y el proletariado va dando los pasos de su ascenso histórico conforme estas ideas esenciales penetran en todos los organismos de resistencia (sindicatos) o de resistencia complementaria (cooperativas). El proletariado adquiere conciencia y establece, en fin, las condiciones materiales para desencadenar la insurrección a través del progreso incesante de estos principios y el continuo enriquecimiento de las ideas fundamentales contenidas en el *Manifiesto*. El organismo en el que pueden forjarse estas armas materiales: los principios, es el partido de clase, y a este le corresponde la tarea de alimentar, mediante sus fracciones, la sustancia revolucionaria de los organismos de masas de la clase obrera.

El capitalismo progresó en la medida en que logró eliminar las formaciones económicas feudales. En cambio el proletariado avanza gradualmente sólo en la medida en que logra dar soluciones concretas, basadas en los principios, a todos los fenómenos que surgen en la sociedad capitalista como resultado de los antagonismos sociales. Así como para el capitalismo era inconcebible construir su régimen mezclando sus principios y sus posturas políticas con las de otras clases, el proletariado sólo puede avanzar sobre una línea de absoluta intransigencia. La historia demuestra irremediabilmente, bien a través de la experiencia de la inmediata posguerra o la de la evolución del Estado ruso, que cada vez que el proletariado hace dejación de principios el capitalismo logra una victoria, aunque aparentemente el resultado sea favorable al

proletariado. La Constitución de Weimar y las victorias del Estado ruso frente a los países capitalistas no son peldaños en el ascenso revolucionario del proletariado, sino pasos que encaminan hacia la corrupción y el estrangulamiento de la clase obrera.

Para conservar su sociedad, el capitalismo debe impedir que las reacciones provocadas por los antagonismos económicos empujen al proletariado a la acción. Este último debe lograr concentrar sus reacciones e impulsar este incesante proceso que le lleva a resolver los problemas contingentes tomándolos siempre como puntos de apoyo hacia el desencadenamiento de la insurrección. Estos puntos transitorios de apoyo, estas soluciones, se derivarán de otros tantos principios, y su conjunto representa el tejido que forma la clase proletaria. Este proceso gradual, este encadenamiento de principios, es el elemento esencial y material para el triunfo de la clase obrera. **En cualquier circunstancia, el problema que debe plantearse el proletariado no es el de obtener ventajas o más aliados, sino permanecer coherente con el sistema de principios que rige su clase.** Si hay que elegir entre un deslumbrante éxito inmediato logrado sin atender a los principios y un resultado contingente de menor alcance material, pero que mantiene al partido firme en sus principios, no hay que dudar: si el proletariado elige lo primero, tomará el camino de la conservación del régimen capitalista.

Los principios dependen de las diferentes fases que atraviesa la sociedad capitalista y de cómo evoluciona la lucha del proletariado. A cada fase le corresponden unos principios. El proletariado no puede avanzar sin escribir en su bandera de lucha los principios que surgen de las diferentes fases históricas. Este trabajo, en parte, sólo es posible cuando los fenómenos llegan a su desenlace, pero una vez que la ciencia marxista ha establecido la postura de las distintas clases, su acción y el camino recorrido por el proletariado, una vez que el éste, ante las distintas actitudes de las clases, ha establecido su postura, en resumen, cuando “ha sacado las lecciones” que ofrecen los acontecimientos, **el partido deberá permanecer escrupulosamente fiel a las tesis políticas elaboradas, sin lo cual es imposible avanzar en la lucha revolucionaria.**

Si se pretende hablar de enciclopedia marxista, será en el sentido de una continua obra dinámica, cuyo resultado llegará en el lejano futuro en el que las clases desaparezcan. Mientras estas existen –lo que incluye el periodo de la dictadura del proletariado– habrá que aumentar el patrimonio ideológico del proletariado, que es lo que permite cumplir la misión histórica de la clase obrera. El *Manifiesto Comunista*, el programa de la Primera Internacional, el programa de Erfurt, las tesis del II Congreso de la I.C., estos son los hitos de la marcha ascendente del proletariado. Y este proceso de constante ascenso de las posiciones de lucha del proletariado es el único y verdadero mecanismo que desarrolla a la clase proletaria y la lleva a realizar de su misión. Todos estos materiales fundamentales, evidentemente, se hallan resumidos en la poderosa síntesis que es el *Manifiesto*, pero todos representan la respuesta del proletariado a una fase histórica determinada.

Para algunos, la solución de la crisis comunista se presenta hoy de esta forma: como la I.C. ha fracasado en su tarea, hay que reagrupar a las masas alrededor de un nuevo organismo que les pueda llevar a la victoria. Para nosotros el problema se plantea de otra forma. El fracaso de la I.C. se debe a que el proletariado no ha sabido dar una respuesta de principios a los problemas que ha traído la aparición del primer Estado obrero. Por tanto, la condición necesaria para poder restablecer el movimiento revolucionario y consciente de las masas es aportar las bases históricas que permiten guiarlas hacia la insurrección. Y en este terreno, pensamos que abandonar el criterio de progresión histórica es, en definitiva, situarse al margen del mecanismo real de las luchas proletarias. Dar media vuelta y retroceder, como hace la Oposición

de Izquierda, para dirigirse hacia la socialdemocracia de izquierda, históricamente liquidada por el II Congreso de la I.C., equivale a situarse al margen y en contra de los verdaderos intereses de la reconstrucción del movimiento comunista, al margen y en contra de las masas y de su movimiento.

LA TEORÍA DE LA EXPERIENCIA

Cuando a partir de la postura central de Marx según la cual “la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”, se deduce que es necesario avanzar en la lucha siguiendo las experiencias de los obreros en la sociedad capitalista, se está generalizando de tal forma que se puede llegar a posturas fundamentalmente falsas. Hay que establecer el significado de la fórmula “la teoría de la experiencia”. A este respecto la opinión corriente es entregar a los obreros un montón de posiciones políticas que a estos les es materialmente imposible afirmar. En efecto, es imposible saber, en cualquier situación, cual es la opinión de las masas obreras, para esto no existe ninguna forma organizativa, y los obreros se encuentran siempre, a este respecto, ante las soluciones que les proponen sus dirigentes y en la necesidad de adoptar unas u otras. Por otra parte, en los momentos decisivos, el criterio para conocer la opinión de los obreros consiste, más que en dejar que los obreros orienten libremente su lucha, en tomar el pulso a las asambleas obreras para calibrar su combatividad por el programa que el partido ha formulado previamente.

Si nos preguntamos cuál es la opinión de los obreros en una determinada situación, sólo llegaremos a una respuesta verdadera si planteamos así el problema: ¿qué influencia tienen los organismos represivos de la burguesía en la clase obrera, el ejército, la magistratura, la policía, la prensa, las escuelas, los curas, la influencia de las fuerzas reaccionarias democráticas? Si todo este aparato represivo está desencajado por las convulsiones de una situación revolucionaria, no hay duda de que la opinión de los obreros es revolucionaria. Si por el contrario funciona con firmeza o se reconstruye con la sangre de los obreros vencidos, no hay duda en que la opinión de los obreros es reaccionaria. Habrá moralistas que se extrañen al ver formulados los problemas de forma tan clara, pero para nosotros estos moralistas no representan, en definitiva, más que un apéndice del aparato represivo que impide a los obreros determinar cómo debe evolucionar su pensamiento según las posibilidades de la lucha revolucionaria. **Desde el punto de vista histórico, lo importante no son las afirmaciones verbales de los obreros, sino las posibilidades que tienen de superar los obstáculos que les impiden desencadenar su lucha contra el capitalismo, derribarle, pues es precisamente la dictadura del proletariado la que permite que se forme una verdadera opinión obrera entre ellos.**

Y a este respecto, no es el obrero el que determina el camino a seguir, sino su partido de clase. El militante que establece sus posiciones de lucha basándose en la opinión de los obreros no hace, en definitiva, sino abandonar de manera demagógica la tarea que le corresponde y que no se puede entregar a las masas obreras. La pereza lleva al militante a no tener en cuenta que en una sociedad capitalista el obrero es presa de formidables instrumentos de opresión y de coacción sobre los cuales no tiene influencia si el partido no le suministra armas para ello. De esta forma, la moral del militante comunista se basa en sacrificar cómodamente sus obligaciones, dejando a los obreros abandonados a sí mismos y a las fuerzas policiales, militares y corruptas del capitalismo. A este respecto, Lenin ya puso en evidencia que a los obreros les era imposible formarse una “opinión obrera” en la sociedad capitalista.

El significado de la “teoría de la experiencia” tiene un sentido diferente. Como hemos dicho, el capitalismo seguirá siendo el dueño de la situación mientras logre concentrar al conjunto de la sociedad alrededor de una determinada organización social. Aunque las masas no se adhieran conscientemente a su

solución, eso no significa que el capitalismo no pueda resolver así sus problemas de manera efectiva. El fascismo, por ejemplo, para aniquilar las organizaciones obreras, debe aplastar la resistencia heroica del proletariado. Pero una vez logrado esto, provoca una movilización creciente de toda la sociedad alrededor de la defensa nacional y de la preparación de la guerra. Como elemento de la lucha proletaria, la opinión de los obreros sólo cuenta en la medida en que logra reconstruir los organismos estrangulados. En cambio, desde el punto de vista inmediato y aparente, la opinión de los obreros empezará a encaminarse hacia la dirección que le imprime el capitalismo, para lo cual le ha despojado previamente de sus organismos de clase, que son los indispensables para adquirir, al calor de las luchas revolucionarias, un pensamiento independiente que se dirija contra los explotadores. El proletariado debe pasar por estas experiencias, pero esto es una perspectiva histórica completamente general. Así, podemos afirmar que actualmente, en todos los países que han pasado por la experiencia "parlamentaria" tras los acontecimientos de 1914, o por la experiencia "democrática" o "socialdemócrata", tras el ejemplo de Noske en 1919, se cumplen las condiciones objetivas que permiten llamar al proletariado a la lucha revolucionaria. Pero el hecho de que el proletariado de algunos países no haya pasado por las experiencias de 1914 o 1919 no significa que estas experiencias de otros países no sean decisivas también para ellos o que antes de llegar a la victoria deban atravesar estas fases intermedias. La lucha revolucionaria se desarrolla según unas reglas que tienen carácter mundial y los obreros de cada país deben sacar lecciones de las luchas que se desarrollan a escala internacional. Y esto no sólo en lo que respecta a la formación intelectual de los obreros, sino lo que es aún más importante, **al lugar que ocupan las diferentes fuerzas sociales**. Así, la socialdemocracia, que tenía un cierto papel en 1914, adoptará otro en 1919 y otro distinto en 1933, siempre en una línea de progresivo acercamiento a la burguesía que la sitúa al margen y en contra de los intereses de los obreros y dentro del aparato de dominio y represión de la burguesía.

En 1934, en Bélgica, Vandervelde se ha visto obligado a decir a los obreros que la defensa de la nación no responde a la necesidad de extender las posiciones conquistadas por el proletariado en el seno de la burguesía y de llegar al socialismo (como decía en 1916), sino que había que defender la nación para conservar las migajas de libertad que podrían verse amenazadas por el asalto del fascismo alemán. También ha dicho que no se trata de conservar estas migajas para preparar las condiciones para la futura insurrección, pues ahí está el ejemplo de Noske, no tanto como abanderado de la socialdemocracia en 1919 sino como expresión histórica del lugar que ocupa la socialdemocracia en la fase de las revoluciones proletarias. Según Vandervelde hay que barrer la insurrección del programa socialista para sustituirlo con el Plan De Man, que según dicen se basa en una evolución que también interesa al propio capitalismo, pues su objetivo es una sociedad burguesa libre de la omnipotencia del híper-imperialismo. Léon Blum convocó a las masas obreras el 2 de febrero de 1934 para defender la República, afirmando que la única que puede lograr esto es precisamente la clase obrera; mientras que antes de la guerra, en Francia, todo el movimiento socialista afirmaba que la única clase que podía derrotar a la República era el proletariado.

La socialdemocracia actual, por tanto, representa otro verdadero obstáculo, que hay que clasificar junto a los medios represivos de los que dispone el capitalismo, y en ningún caso como una opinión obrera o una etapa necesaria que debe experimentar la clase obrera.

Desde el punto de vista histórico, tras la victoria de la revolución en Rusia el problema de las experiencias por las que tienen que pasar los obreros está resuelto. El Partido del proletariado tiene la misión de crear las armas políticas indispensables que le permitan dirigir la conciencia histórica adquirida por el proletariado y derribar todos los obstáculos que se oponen al desencadenamiento de la insurrección proletaria. El hecho de que tras los acontecimientos de 1919 y 1921 sea más difícil hacer frente a la corrupta

influencia demócrata en Francia que en Alemania o Italia, significa que el Partido del proletariado debe dar respuesta a estos complicados problemas históricos, no que el proletariado francés deba pasar por la fase de Nitti o de Noske para encarar, luego, la vía de Lenin. La gangrena del movimiento comunista actual ha penetrado hasta la médula en las filas de los grupos revolucionarios, y hoy hay quien intenta que las luchas del proletariado alemán o italiano se pongan como objetivo el retorno a la situación de 1919. Eso demuestra que, bajo esos intentos de que los obreros pasen por ciertas experiencias, asistimos hoy a un trastorno total de los principios que hace que el militante se pierda en las tinieblas de la reacción triunfante.

Reducir la historia a sus ideas maestras es, en definitiva, señalar las diferentes fases del proceso de liberación del hombre respecto a las fuerzas económicas. Las clases que determinaron estos periodos cumplieron su misión porque construyeron unas organizaciones sociales que, al basarse en los intereses particulares de sus privilegios como clase dominante, establecían una serie de principios que albergaban ya toda una conmoción social, una fase determinada del desarrollo del pensamiento humano. El proletariado, que a la hora de cumplir misión no puede apoyarse en su posición económica, está obligado a construir un sistema de principios de manera diferente y mucho más profunda que las clases que le precedieron, pues deberá liberar definitivamente a la humanidad del imperio de las fuerzas económicas y de los antagonismos sociales que provoca la existencia de las clases. En el periodo histórico actual, el proletariado ha sido aplastado; en la posguerra desencadenó su lucha revolucionaria y conquistó la victoria, por primera vez, en Rusia. Esta primera victoria fue posible porque los bolcheviques enriquecieron el *Manifiesto* y el programa de Erfurt con los enunciados programáticos correspondientes a la fase imperialista de la sociedad capitalista.

La futura victoria no es posible si las fracciones de izquierda no empiezan a preparar los futuros partidos de la revolución mundial, si no elaboran las bases programáticas que responden a la fase que ha sucedido a la imperialista, la de las revoluciones proletarias, si no elaboran el programa para la gestión del Estado obrero, de su incorporación a la lucha por la revolución mundial; si no complementan el patrimonio de los bolcheviques en el terreno táctico. Estos, en su momento, dieron la solución táctica más avanzada, que permitía al proletariado saltarse el periodo de dominio burgués. Que otros desanden lo andado. Las fracciones de izquierda proclaman que si bien en Rusia ha sido posible barrer el capitalismo de la historia, en los países capitalistas el proletariado nunca podrá retomar, a su vez, las reivindicaciones democráticas que fueron la base de las revoluciones burguesas. Si lo hiciera, anularía a su clase y su misión: se resignaría a la esclavitud. Pero el proletariado no se suicidará, y en medio de la terrible represión actual forjará las armas que le permitirán ganar las grandes batallas revolucionarias futuras. En la preparación de la victoria proletaria intervienen conjuntamente tanto los antagonismos sociales como la obra consciente de las fracciones de izquierda; el proletariado retomará su lucha únicamente sobre la base de sus principios y su programa.

PARTIDO – INTERNACIONAL – ESTADO

PREMISAS

Este estudio que empezamos a publicar tiene como objetivo analizar históricamente, en la medida de lo posible, la fase actual de la lucha de clases, para ver cuáles son los problemas esenciales que se derivan de esta situación en el trascurso de la lucha obrera. De nuevo, la comprensión de los acontecimientos se convierte en condición indispensable para la acción. Los militantes que no se plantean la posibilidad de darse a sí mismos y al proletariado una explicación sobre los acontecimientos históricos que han acompañado a la primera experiencia de gestión del Estado proletario que lucha por la revolución mundial, caen prisioneros de la ola reaccionaria del capitalismo que rompe sobre el mundo entero. Pues si bien es cierto que la teoría del socialismo en un solo país no es hija legítima y necesaria de octubre de 1917, también lo es que el proletariado no se curará en salud mediante un simple desplazamiento político de las organizaciones comunistas actuales, situándolas de nuevo en la línea de 1917. Por otra parte, entre 1919 y 1934 se han producido fenómenos políticos y sociales de colosal importancia, que hacen que este desplazamiento sea absolutamente imposible, fenómenos que hay que someter a un estudio tan completo como en su momento hicieron los bolcheviques con los problemas que se derivaban de la transformación de la economía capitalista en su fase imperialista. El verdadero secreto de la victoria de los bolcheviques estuvo en su rigurosa reacción contra todas las corrientes de la Segunda Internacional: los verdaderos movimientos de masas se prepararon al calor de una serie de escisiones que permitieron forjar el organismo llamado a dirigir al proletariado alrededor de las formulas de la lucha revolucionaria. Cualquier otro intento de movilizar a las masas al margen de este trabajo de principios* llevará a la situación de 1919 (como han demostrado perentoriamente las corrientes de izquierda del movimiento alemán), cuando los obreros alemanes buscaban en vano el organismo que les debía llevar a la victoria: este no podía surgir espontáneamente, sino como resultado de un previo y obstinado trabajo análogo al de los bolcheviques.

Concretando en una fórmula lo que trata de hacer nuestro boletín teórico, diremos que una verdadera intervención del grupo que pretende representar a la clase proletaria no es posible si no se resuelven los problemas políticos que plantea esa determinada época histórica.

El socialismo en un solo país es consecuencia de la incapacidad del proletariado internacional para ir más allá de lo que hicieron los bolcheviques en 1917 y es el reflejo político de la insuficiente clarificación histórica que se conquistó en octubre, que se expresó en todo el mundo durante los acontecimientos posteriores a 1917. Los principios que brotaron de la revolución rusa y de la fundación de la III Internacional no hay que considerarlos como el punto final, sino como parte del camino de ascenso que debe escalar el

* Empleando su método habitual, en uno de sus últimos artículos titulado “El centrismo y la 4ª Internacional”, el camarada Trotsky –que escribe volúmenes enteros sobre las peleas de esos militantes que, sin miedo al ridículo, se proclaman “bolchevique-leninistas”– nos dedica unas líneas en la que habla de la “pasividad de la propaganda abstracta” de quienes llama “bordiguistas” (la moda de los “ismos” no exime de un serio análisis). Evidentemente, para el camarada Trotsky, la “pureza de principios, la claridad en las posiciones, la inteligencia de las consecuencias políticas y la claridad organizativa”, todo esto ya está presente en este chalaneo confusionista y maniobrero que pomposamente se llama la 4ª Internacional. Pero, ¿es que acaso en la preguerra, Lenin, en quien nos inspiramos, fue el campeón de la propaganda abstracta, según Trotsky?

proletariado para lograr su liberación. Un camino que habría seguido un constante progreso si la victoria de los movimientos revolucionarios del resto de países hubiese permitido añadir nuevas bases ideológicas a las del patrimonio histórico del proletariado mundial. En sí mismas, las derrotas sobrevenidas no significaban que los principios del proletariado fueran insuficientes o falsos. Las derrotas eran resultado de la correlación de fuerzas entre las clases, que era desfavorable al proletariado, de una aplicación errónea de estos principios o de la incapacidad táctica o estratégica de los órganos dirigentes del partido. Hoy en 1934, cuando tras incontables derrotas en todo el mundo (incluida Rusia) asistimos al aplastamiento del proletariado de todos los países mientras avanza el desarrollo industrial de la URSS, decir que las causas de esta situación se deben a una “línea” errónea, como hacen los centristas, o las personalizan en Stalin y el “stalinismo”, como hace el camarada Trotsky, nos lleva a convertir el sangriento tribunal donde se desarrollan las batallas históricas de clase en un mezquino alegato ante el juzgado de paz de un pueblo.

Este estudio que empezamos a publicar es tan sólo una **escasa contribución** que pretende dilucidar el que según nosotros es el problema central de la época actual. Probablemente no podremos más que señalar cuáles son las soluciones, sin llegar a darles respuesta adecuada, pues esto sólo puede ser fruto de una revolución triunfante y del esfuerzo internacional de los diferentes grupos que han salido de la degeneración del movimiento comunista. Éste se polarizaba alrededor del proletariado ruso, que ya ha agotado su función de guía internacional de proletariado por culpa de los órganos dirigentes del proletariado de todos los países, de la infección que afectaba al cuerpo de la clase obrera rusa y sus formaciones dirigentes, incluidos Lenin, Trotsky y Stalin.

Tras el 15º Congreso del partido ruso, quizá un trabajo político internacional habría permitido al proletariado ahorrarse una nueva guerra, salvaguardar el Estado ruso para el proletariado mundial, sacando las lecciones que nos ofrecían las derrotas de posguerra, mediante la victoria de la izquierda marxista en la Internacional Comunista. En aquel momento nuestras voces fueron ahogadas por los gritos de quienes, desde la Oposición de Izquierda, nos llamaban sectarios y presumían de su capacidad (!) para vencer al centrismo de manera inmediata. Sería instructivo hacer el balance de las viejas polémicas. De momento sólo queremos recordar quién es el responsable político del desastre actual.

Las razones de ser de nuestro trabajo no desaparecen por el hecho de que la suerte del proletariado esté prácticamente echada y el capitalismo pueda llevarlo a la guerra. Los acontecimientos de Austria demuestran que las masas no se resignan a ser la presa del capitalismo, lo que significa que este contexto de perspectivas capitalistas puede ofrecer alguna ocasión para reanudar victoriosamente la lucha del proletariado. Pero para garantizar esta victoria, así como para que la guerra desemboque en el triunfo de la revolución, el trabajo que proponemos es una condición necesaria y prejudicial, y no podemos realizarlo nosotros solos, como hemos dicho otras veces.

“La historia de toda la sociedad humana, hasta el presente, no ha sido sino la historia de la lucha de clases.” *Manifiesto del Partido Comunista.*

Esta idea fundamental basta para diferenciar al marxismo del resto de escuelas históricas que le precedieron. Pero si lo que queremos es consolidar a la clase, tanto de manera general como en la particular situación actual en la que el proletariado se ve llamado a tomar el poder, o formar el órgano que puede representar a esta clase, o en fin, determinar las bases sobre las que la clase y su órgano deben actuar, nos hallaremos ante la necesidad de sacar de los acontecimientos aquellos elementos sustanciales que nos

permitan definir las nociones teóricas y configurar los postulados para la lucha del proletariado en la actual situación.

En lo que respecta a la clase en general, asistimos hoy a un abigarrado afloramiento de teorías que, o bien conducen a sofocar la lucha de clases haciendo frente común con los intereses de la clase dominante, o a modificar el papel de las clases fundamentales de la sociedad para atribuir a las clases medias unas funciones que pretendidamente sustituyen a las del capitalismo y el proletariado; o incluso invierten el proceso de lucha de clases para que la clase obrera de un país no luche junto al proletariado mundial, condenando a la clase obrera a trabajar dentro de sus fronteras estatales, cuando las tareas que le corresponden sólo pueden llevarlas a cabo el proletariado de todos los países a través de la revolución internacional.

Fascismo: estrangulamiento de la clase proletaria; democracia: corrupción del proletariado. Estas dos formas de organizar la sociedad capitalista parece que han anulado la sustancia de la teoría marxista sobre las clases, cuando en realidad la situación actual confirma claramente los postulados marxistas. Ambas formas de anular a la clase proletaria se deben a la incapacidad de la actual sociedad para dominar, dirigir y controlar la evolución de las fuerzas productivas. Como la única clase que puede llevar a cabo este papel histórico, el proletariado, ha sido aniquilada, la sociedad es incapaz de controlar las fuerzas económicas y no hallará una salida si la clase proletaria no reconstruye su esqueleto y logra la victoria revolucionaria.

El centrismo representa una revisión del significado de la clase, en general, y de la clase proletaria en particular, no sólo desde el punto de vista territorial. **El centrismo ha modificado sustancialmente la noción teórica de la clase.** El socialismo en un solo país aparentemente es una empresa artificial para separar al Estado soviético, en el que supuestamente se realiza el socialismo, del resto del mundo, que seguiría siendo rehén de las crisis económicas y las convulsiones sociales; en realidad, como la clase es una noción histórica y mundial, el Estado proletario, al disociarse del proceso de la evolución del proletariado mundial, se convierte en el instrumento de la clase capitalista mundial dentro de sus propias fronteras y un factor de gran importancia en esta involución que lleva a la aniquilación de la clase proletaria mundial.

En lo que respecta al órgano que condensa y representa a la clase, las funciones que le corresponden al proletariado son diferentes a las que tuvo la burguesía, el feudalismo o los propietarios de esclavos en la antigüedad. En definitiva, toda organización social representa un momento particular del progresivo control por parte de la humanidad de las fuerzas de producción. Al principio, toda organización social representa un progreso sobre la precedente, progreso que surge de una revolución. Después, esta misma organización se convierte en una traba al desarrollo productivo, que la condena tras haberla hecho surgir. Y el camino progresivo sólo puede retomarse a través de una revolución. Las sociedades sólo se pueden clasificar históricamente en función de la posición que ocupa la clase dominante. Ésta se basa en la forma particular que adoptan las fuerzas de producción, a la que le corresponde una forma particular de apropiación de los medios de producción, en general, y un lugar específico para el trabajador, que mientras existen las clases no es sino un medio de producción más. En la economía esclavista, la propiedad **personal** de los medios de producción también incluye al esclavo. El conjunto de la sociedad vive y se reproduce perpetuando la función y la vida de las clases que la componen. En aquella época, el escaso desarrollo de los medios de producción sólo permitía satisfacer las necesidades de una ínfima minoría de la población. La economía servil, conservando el carácter personal de la propiedad de los medios de producción, permitió que estos se

distribuyeran más, pues el mecanismo productivo ya no soportaba su sujeción a las castas y provocaba una división del trabajo que obedecía ya a las leyes de un mercado cada vez más amplio.

La economía capitalista triunfa cuando se ha producido ya una modificación radical y sin precedentes: cuando todo momento del proceso de producción adquiere carácter colectivo, los medios de producción y los trabajadores ya no pueden ser propiedad de los individuos. El divorcio que existe entre el carácter colectivo y social de los medios de producción y la apropiación individual de estos medios sólo desaparecerá cuando se establezcan nuevas relaciones sociales, después de la transformación del mecanismo productivo que dará comienzo a la fase de la historia consciente de la humanidad.

Mientras los medios de producción se prestaban a ser propiedad individual o de las castas, la lucha de clases se desarrollaba alrededor de la posesión de los instrumentos que garantizaban el privilegio del poder y permitían conformar todo el desarrollo económico y político alrededor de la defensa de la organización social existente. Desde cierto punto de vista, durante todo el periodo histórico que precede a la revolución proletaria, la fórmula de Marx “la historia no ha sido más que la historia de la lucha de clases” puede sustituirse por “la historia no ha sido más que la lucha de las clases por apoderarse del poder estatal”. Efectivamente, este es un instrumento necesario mientras la producción no alcanza más que para una minoría de la población (minoría que para ello establecerá un tipo determinado de sociedad). Por otra parte, las clases que dirigen la sociedad cambian, aunque el órgano Estatal sobreviva, transformándose según las diferentes fórmulas de cada época. Es Estado continuará siendo el órgano que permite oprimir a la clase trabajadora, una órgano, desde el punto de vista general, históricamente necesario.

Evidentemente, no podemos considerar el Estado como un demiurgo que está por encima de las clases. Como elemento de discriminación en la evolución histórica, la clase sigue siendo el motor del movimiento. Hasta que las fuerzas productivas lleven al proletariado al poder, lo que se ventila en la lucha de clases es el poder del Estado.

El feudalismo, comparado con la economía esclavista, o la burguesía, comparada con el feudalismo, suponen diferentes tipos de privilegios y distintos regímenes de opresión para sus trabajadores. Al principio asistimos a una coexistencia entre ambos tipos de economía y a una progresiva penetración en el seno de la vieja economía y del viejo Estado de los elementos correspondientes a la nueva clase. Luego viene la lucha revolucionaria que fundará la nueva organización social. La revolución no es el punto de partida de la burguesía, sino su punto final: durante los tres siglos que precedieron a su victoria, la burguesía hizo inmensos progresos a través de una progresiva penetración en terreno económico y político. Las posiciones conquistadas dentro del Estado no eran suficientes, tenía que hacerse dueño de todo el aparato estatal y lo consiguió mediante movimientos revolucionarios. Sin embargo, no es menos cierto que Richelieu, Colbert y Turgot representaban pasos intermedios y necesarios hacia ese objetivo final. La penetración capitalista en el Estado feudal es un fenómeno que se produce en todas las revoluciones burguesas, que deben desembocar en una institución de privilegios siempre más desarrollada, manteniendo, junto a esos privilegios, a la sociedad dividida en clases, que es lo que le permite a la burguesía cumplir sus tareas históricas a través del Estado.

Al proletariado no le ocurre lo mismo. Engels, al explicar la necesidad de la dictadura del proletariado, se refería al carácter transitorio del Estado proletario, un Estado que, al ser el reflejo de la misión de la clase proletaria que lucha por la desaparición de las clases, se fundará con la idea de desaparecer y morir. Esta noción de Engels nos parece que reposa en una idea más general según la cual la desaparición de las clases y del Estado sólo puede ser resultado de un gigantesco aumento de la producción capaz de garantizar el libre desarrollo de las necesidades del todo el mundo. Pero para esto aún debemos pasar por toda una época de modificaciones de la estructura económica en las que el proletariado tendrá que actuar bajo una dirección centralizada que deberá tener en cuenta, no ya los particulares intereses locales o corporativos, sino el interés colectivo del proletariado como clase que representa al conjunto de la sociedad. Para ello el proletariado necesitará un Estado, y únicamente siguiendo la línea de un creciente desarrollo de la producción pueden concretarse las condiciones que permiten que el Estado desaparezca y sea aniquilado.

Cuando llega al poder, el Estado es una necesidad para el proletariado, pero en un plano completamente distinto al de las clases que le han precedido. Para el capitalismo, el Estado representaba el órgano de dominio sobre las clases oprimidas y en decadencia, así como sobre las fuerzas productivas. Para el proletariado, en cambio, el Estado sólo es un organismo de apoyo, únicamente necesario para orientar al conjunto de los trabajadores hacia las soluciones de interés general en un momento en que las masas aún podrían verse arrastradas hacia las soluciones contingentes que se oponen al objetivo final: un desarrollo concreto de tal intensidad que permite establecer las condiciones para que desaparezcan las clases.

Ya desde sus primeros pasos, el proletariado no lucha contra el Estado capitalista para penetrar en él. Si así lo hiciera, no sólo renegaría de sus específicos objetivos históricos, sino también de sus intereses inmediatos de resistencia a la explotación capitalista. Tanto el feudalismo como la burguesía progresan en la medida en que desarrollan su influencia en el seno del régimen precedente y en sus viejas instituciones. El proletariado sólo se forma y progresa en la medida en que concentra en un frente de lucha las más poderosas energías, tratando de desencadenar su lucha por la destrucción de todo el régimen capitalista y por fundar un Estado sobre la base de un programa completamente opuesto, como hemos indicado.

Para el capitalismo, el Estado era suficiente tanto antes como después. En cambio, para el proletariado, antes de su victoria sólo existe un programa, el de la destrucción del Estado capitalista, y sólo después el Estado pasa a convertirse en un organismo de apoyo.

El órgano en el que se constituye y se desarrolla la clase proletaria es el partido de clase, la Internacional. Acorde con la naturaleza colectiva de los medios de producción que arrastran al proletariado a tomar la dirección de la sociedad y que superan los límites corporativos, profesionales, así como las fronteras nacionales, el camino de ascenso del proletariado no puede concretarse más que en los sucesivos intentos de realizar (mediante la construcción de la Internacional) las posiciones centrales alrededor de las cuales puede librar la batalla por la destrucción del Estado capitalista.

Al calor de esta lucha por la destrucción del Estado se desarrolla, en definitiva, la lucha del proletariado por aniquilar, junto al Estado capitalista, todas las fuerzas seculares que se oponen a que el hombre se libere de las fuerzas económicas. Históricamente se pueden constatar una serie de posiciones centrales alrededor de las que se levantan las organizaciones internacionales del proletariado.

En el trascurso de nuestro estudio analizaremos la posición que ocupó el proletariado durante la revolución francesa. De momento nos basta con indicar que la Primera Internacional se levantó partiendo de la base de las revoluciones de 1848, estableciendo la necesidad de plantear la lucha del proletariado sobre una base política y organizativa independiente de la burguesía, mientras que en 1848 –incluso después de publicarse el *Manifiesto del Partido Comunista*– Marx entreveía la necesidad de participar en la lucha formando un bloque con las fuerzas progresistas de la burguesía.

Si la Comuna de París demostró que era posible instaurar un Estado proletario, también demostró que la victoria del proletariado sólo era posible si la lucha se generalizaba, no sólo a todo París o a toda Francia, sino abarcando el conjunto de las luchas del proletariado de los diferentes países. Debido al grado de desarrollo económico y político alcanzado en aquella época, la Comuna, gloriosa anticipación histórica, no podía sino provocar la caída de la Primera Internacional.

La fase del movimiento obrero que vino después coincidió con el periodo de auge del capitalismo, por lo que se hizo muy difícil al proletariado de los países capitalistas traducir las enseñanzas de la Comuna en unos principios que permitieran la victoria de la insurrección proletaria.

La Segunda Internacional no se planteó el problema de tomar el poder, sino que, en correspondencia con las características particulares de la situación histórica, llevó al proletariado a tomar un camino radicalmente opuesto al de su tarea histórica. La Segunda Internacional llegó a la conclusión de que la Comuna de París demostraba que el proletariado debía abandonar el programa de destrucción del Estado y debía limitarse a intentar penetrar –por medio de reformas– en la fortaleza del Estado capitalista: el proletariado terminaría siendo aplastado por el Estado que ellos decían que debía conquistar progresivamente. En cambio, los bolcheviques, que se dedicaron a estudiar los acontecimientos de la Comuna, extrajeron de estas lecciones las armas para las revoluciones de 1905 y 1917.

La posición de Marx en 1848, la del 18 Brumario, la Primera Internacional, la Segunda Internacional y, en fin, la Tercera, representan otras tantas etapas de progreso en el camino ascendente de proletariado. Cada una de estas etapas se concreta en una formulación central que caracteriza la posición que debe adoptar el proletariado para lograr la victoria de la insurrección y el triunfo de la revolución mundial.

Octubre de 1917 se produjo cuando las condiciones ideológicas y políticas no permitían la victoria de los movimientos revolucionarios en los países capitalistas, victorias que habrían permitido al proletariado conservar el Estado soviético en sus manos. Las derrotas que sufrió el proletariado mundial provocaron el nacimiento del centrismo, que se adueño de la dirección de los partidos comunistas y del propio Estado proletario, interpretando en la Tercera Internacional el mismo papel que jugó el reformismo en la Segunda.

Tras la Comuna, la Rusia Soviética ha demostrado una vez más que el Estado proletario no conserva su función revolucionaria si no se fusiona con las luchas del proletariado internacional. Aún más que la Comuna de París, la Comuna rusa ha demostrado que si el Estado predomina sobre el partido, se dan las condiciones para la degeneración y la victoria del enemigo. **El proletariado sólo adquiere su conciencia de clase y su capacidad revolucionaria en el partido y en la Internacional.**

Nuestra opinión es que los problemas inherentes a la gestión del Estado proletario deben analizarse basándonos en la experiencia soviética y que la reanudación de las luchas revolucionarias, así como el

porvenir de las revoluciones futuras, dependen del esfuerzo que efectúen las fracciones de izquierda en esta dirección.

Se publicarán sucesivamente los siguientes capítulos: 1º La Clase y su significado; 2º Clase y Estado; 3º Clase y Partido; 4º Clase e Internacional; 5º El Estado democrático; 6º El Estado fascista; 7º El Estado soviético ; 8º Tesis.

CUATRO JÓVENES CAMARADAS DEL S.A.P. HAN SIDO DETENIDOS POR LA POLICÍA HOLANDESA Y ENTREGADOS A LOS NAZIS.

El 24 de febrero la policía holandesa irrumpió en la Conferencia Internacional de Jóvenes Revolucionarios (S.A.P., O.S.P., Bolchevique-leninistas, P.U.P., etc.) que se desarrollaba en Laren y detuvo a 20 extranjeros sin permiso de residencia. Cuatro camaradas alemanes: Kurt Lieberman, Franz Bobzien, Heinz Hose y Hans Golstein, fueron entregados inmediatamente a la policía hitleriana. Unimos nuestra vehemente protesta a la de las organizaciones proletarias que ya han alertado a la clase obrera sobre este hecho. Sólo la protesta de los obreros de todo el mundo puede impedir que los gobiernos “democráticos” repitan tan criminales gestos con unos refugiados políticos, entregándoles a sus verdugos fascistas.

EL PLAN DE MAN

(Continuación y final)

LUCHA REVOLUCIONARIA – ANTICAPITALISMO – FASCISMO

El segundo objetivo esencial del plan de trabajo es unir a las clases medias y al proletariado en un frente anticapitalista. Hay que aclarar la diferencia fundamental que existe entre anti-capitalismo y lucha proletaria.

El mecanismo de funcionamiento de la sociedad burguesa es esencialmente unitario. Todas las fuerzas vivas de la sociedad deben concentrarse alrededor del Estado, bien sea para luchar económica y políticamente contra otros Estados, o por las necesidades de la guerra imperialista, expresión final de aquella lucha. En la medida en que las organizaciones del proletariado están en manos de los proclamados defensores de la democracia, la lucha de clases queda atrapada en las redes de la democracia burguesa y no rompe esta continuidad orgánica, sino que se convierte en uno de sus elementos. Sin embargo, cuando las erupciones sociales rompen las cuerdas de la red, como ocurrió en la posguerra, el flujo revolucionario confiere a la lucha de clases su verdadera expresión, mientras la burguesía trata de reconstruir inmediatamente, al principio de forma embrionaria, los elementos que permiten recomponer la unidad de su existencia, o en otras palabras, los elementos que aseguran la continuidad de su dominio. Cuando este flujo se revela incapaz de que estas reivindicaciones revolucionarias tomen cuerpo en un partido, entonces aquellos embriones empiezan a desarrollarse entre las masas, que debido al estrangulamiento de las organizaciones proletarias ya no existen como clase independiente. Todo esto teniendo en cuenta que hablamos desde una perspectiva general.

Actualmente, el problema de la represión de las luchas proletarias se plantea en términos diferentes. En lugar de canalizar el flujo proletario, el capitalismo se moviliza alrededor de un proletariado abatido, incapaz de oponer resistencia. Para nosotros, la movilización del capitalismo se explica por las siguientes razones: cuando los contrastes sociales se reflejan en la situación económica de los proletarios y la conciencia de clase de estos no les lleva a reaccionar, el capitalismo tiende a aliviar estos contrastes, mejorando su situación a la vez que va elaborando las nociones concretas que le permiten recuperar su indefectible unidad. Para nosotros, el anti-capitalismo se opone a la lucha revolucionaria, mostrándose como una arma ideológica del capitalismo, una adaptación necesaria para ligar al proletariado y sus miserables condiciones con las clases poseedoras, una ideología que encierra la lucha obrera en los límites de la lucha contra el hiper-capitalismo, el capital financiero, una forma de transición para movilizar e incorporar al conjunto de las clases oprimidas alrededor del Estado capitalista. En general, el anti-capitalismo se suele relacionar con las clases medias. Según De Man, es su ideología específica. Para nosotros esto es un profundo error. El anti-capitalismo aparece como respuesta de la burguesía ante la incapacidad del proletariado para resolver las contradicciones de la sociedad capitalista, y va extendiéndose cada vez a más capas proletarias a medida las organizaciones de clase van demostrando su impotencia y va apareciendo la necesidad de reorganizar el Estado capitalista para adecuarlo a la lucha inter-imperialista. Las clases medias son un elemento más del desarrollo de este anti-capitalismo, pero no el decisivo. Cuando se convierten en el elemento decisivo está claro que la ofensiva burguesa se enfrenta ya a un proletariado derrotado. Hay que recordar que la pequeña burguesía, como tal, no es un elemento políticamente activo. La política del proletariado, por tanto, no se debe basar en la supervivencia de esta pequeña burguesía, sino en las propias

condiciones de existencia del proletariado, asegurando sus propios deseos y sus posibilidades de crear una nueva sociedad mediante su fuerza revolucionaria.

En la medida en que el proletariado está derrotado, el anti-capitalismo puede encontrar portavoces en la pequeña burguesía, pero sus efectivos se los suministran los trabajadores, el único soporte de masas capaz de cimentar el dominio capitalista. Sin embargo, anti-capitalismo no significa obligatoriamente fascismo, desde el punto de vista de la destrucción de las organizaciones obreras que provoca este último. Al principio el anti-capitalismo es simplemente un esfuerzo para movilizar al proletariado; luego, cuando se identifica con el fascismo, puede pasar a la destrucción brutal de las instituciones obreras. Pero también puede ocurrir que no se identifique con el fascismo, sobre todo si hablamos de los países vencedores de la última guerra y que disfrutaban de una situación más o menos privilegiada, entonces aparece como el complemento indispensable de los gobiernos con plenos poderes. En estas condiciones, el anti-capitalismo sólo se expresa a través de las fuerzas sociales que ya se dedicaban a canalizar las reacciones que provocan los contrastes de clase: la socialdemocracia, la cual se va transformando conforme se va extendiendo. La experiencia del plan De Man es un intento de adaptar la socialdemocracia a las nuevas necesidades del capitalismo. La unión de la lucha de la clase obrera con el anti-capitalismo de las clases medias significa adoptar el programa socialdemócrata, que pretende formar un sólido bloque de todas las clases sociales alrededor del Estado burgués sobre el terreno del anti-capitalismo.

Según De Man, las clases medias hacen necesario este frente único si lo que se quiere es lograr la victoria. Esta es la opinión de Henry De Man al respecto: “El anti-capitalismo de la pequeña burguesía actual considera al capitalismo como un régimen de monopolio al que hay que reivindicarle libertad”; es más: “la oposición de las clases medias se concentra claramente alrededor del capital financiero”. De esta forma se fabrica un anti-capitalismo fantástico susceptible de incorporarse a la lucha obrera, y llegamos a la banal conclusión de que como el fascismo ha llegado al poder gracias a esta particularidad de las clases medias, si se llevan a cabo unas reformas estructurales que no se limiten a la clase obrera industrial no sólo se evitara el fascismo, sino que además se le reemplazará y se logrará que las masas obreras hagan los sacrificios que pide el capitalismo y se adhieran al plan militar de la burguesía. Y todo ello sin provocar choques de clase que quebranten la armonía social y hagan necesario liquidar a la socialdemocracia, al revelarse incapaz de asegurar el dominio burgués.

Anti-capitalismo, fascismo y lucha revolucionaria, estos son los tres términos que marcan la situación actual en todos los países capitalistas. El proletariado, por una parte, se encuentra con la destrucción de sus organizaciones de clase que ha provocado el fascismo, al principio movilizando a las capas pequeñoburguesas y luego a las capas de obreros derrotados y descorazonados; y por otra, con la socialdemocracia, que moviliza a los obreros para vencer al fascismo, adaptando su programa tradicional al anti-capitalismo y persiguiendo los mismos objetivos fascistas, gracias a su unión puramente abstracta con las clases medias. Este es el aspecto esencial del plan de la socialdemocracia belga.

EL PLAN DE TRABAJO

A.- La economía mixta.

Este es el primer punto del plan: “Instaurar un régimen de economía mixta que incluya, junto al sector privado, un sector nacionalizado que organice el crédito y las principales industrias que ya están monopolizadas.” La economía mixta que el plan proclama triunfalmente ya la hemos visto en todos los planes reformistas de la socialdemocracia tras la guerra. Concretamente, Otto Bauer proponía algo parecido

en Austria en 1919. Volveremos de nuevo sobre este ejemplo que los cañones de Dolfuss se encargaron de rematar definitivamente. Por otra parte, el Sr. L. Laurat², profesor de patriotismo en la C.G.T., también proponía en uno de sus últimos escritos la instauración pacífica de una reforma económica semejante, para evitar el comunismo de guerra y preparar la entrada del proletariado en esta nueva Icaria. Pero ni O. Bauer ni L. Laurat –sobre todo éste último, aunque se presente como un “auténtico marxista”– van más allá de estas banalidades. Por su parte, H. De Man justifica la economía mixta mediante una “profunda” interpretación de la idea de propiedad, pues “el socialismo no es en absoluto enemigo de la propiedad, sólo es enemigo de un régimen como el del capitalismo industrial, que al separar la propiedad del trabajo, somete a las clases trabajadoras a la explotación y la opresión de quienes detentan los medios de producción.”

El hecho principal contra el que se rebela el socialismo, según De Man, es la separación que provoca el capitalismo entre los trabajadores y la propiedad de sus medios de producción, por una parte, y los valores producidos por su trabajo, por la otra. Esta oposición, según él, explica el “valor moral” de esta expresión de Marx sobre la socialización: la expropiación de los expropiadores, pues Marx no era hostil a la “propiedad en general”, sino a “un régimen que aliena al hombre de los objetos de los que se sirve para trabajar y de los bienes que proporciona su trabajo.” En resumen, para De Man lo más importante y lo que le aparta claramente de “Marx o al menos de la mayor parte de los marxistas”, es esto: en lo que respecta a la aplicación de los principios de Marx sobre la propiedad “a las ramas de la producción que aún no se han visto arrastradas ni lo serán nunca a la órbita de la industrialización, de la concentración de empresas y de la transformación de los productores en proletarios desposeídos”, las reivindicaciones socialistas adquieren una naturaleza muy distinta e importante. De manera que hoy la expropiación de los expropiadores equivale a “transformar los monopolios privados en servicios públicos, y en lo referente al sector no monopolizado, adaptar las soluciones jurídicas del problema de la propiedad al grado y a la forma de la evolución económica en este sector.” En otras palabras, “nacionalizar los monopolios, orientar el capitalismo a través de la economía dirigida allí donde aún evoluciona según la competencia, y donde el capitalismo no ha destruido aún la unidad entre propiedad y trabajo, reforzar y mantener esta unidad”.

Es cierto que Marx decía que “lo que distingue al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa”. Por tanto, para él el problema no consistía en ser enemigo o no de la propiedad privada, sino en percibir el carácter evolutivo de esta idea: la transformación de su carácter individual en social, la desaparición de su carácter de propiedad de una clase para transformarse en propiedad colectiva. Pero el objetivo de De Man es transformar la tesis de Marx que dice que el capital es un producto social –cuya propiedad es burguesa–, que se conserva y reproduce gracias al nuevo trabajo de los proletarios, convertir en un simple problema moral esta contradicción entre el carácter individual que le otorga la burguesía y el carácter social que pretende darle el proletariado y hacer del socialismo un enemigo de la “alienación del hombre respecto a los objetos que emplea para trabajar y al producto de su trabajo”. Esta transformación “moralista” le permite a De Man demostrar tranquilamente que el socialismo no se limitará a proteger al pequeño productor, sino que hará todo lo posible por

² Lucien Laurat, seudónimo de Otto Maschl, fue un comunista austriaco opuesto a la línea estalinista en los años 20. En 1930 se adhirió al Círculo Comunista Democrático de Boris Souvarine y en 1933 al ala izquierda del S.F.I.O. Posteriormente participó de manera destacada en las movilizaciones que lograron que Víctor Serge pudiera salir de la URSS. Laurat tenía buena fama como economista marxista y a la sazón era el responsable de la instrucción económica en el sindicato francés C.G.T. Durante la ocupación nazi escribió en varias revistas colaboracionistas.

ayudarle*, pues como el pequeño productor no está alienado, según esta moralina, debe sobrevivir. Si hacemos caso a este nuevo evangelio, que reduce a una cuestión moral la explotación del hombre por el hombre, el sector no monopolizado de la economía satisface los principios socialistas sobre la propiedad.

Pero el marxismo no tiene nada que ver con estos cuentos bíblicos. Marx, en algunas notas de 1848 encontradas por Riazanov, cuando su pensamiento aún estaba cristalizando, decía: “el comunismo es la abolición objetiva de la propiedad privada, **considerada como la separación del hombre de sí mismo** [es decir, la alienación real de la individualidad humana, N. d. R.], por tanto el comunismo es la apropiación real de la esencia humana por el hombre y para el hombre, el retorno al hombre mismo como individuo social, es decir, como ser humano, un retorno completamente consciente y que se apoya en toda la riqueza del desarrollo anterior” (*Revue Marxiste*, 1927). En esta época, Marx ya vislumbraba la noción de comunismo no como una protesta contra un modo determinado de apropiación individual, sino más bien como una fase superior del desarrollo histórico que suprime las contradicciones dentro de la sociedad y la convierte en un ser social consciente que controla las fuerzas de producción y, de ese modo, la propia naturaleza. Poco después, en el *Manifiesto Comunista* y en los últimos capítulos del primer tomo de *El Capital*, detalló aún más su pensamiento sobre la propiedad privada como para que no tengamos que insistir más a este respecto. Por ejemplo: “Los comunistas pueden resumir su teoría en esta única sentencia: abolición de la propiedad privada.” (*Manifiesto Comunista*). La posibilidad de realizar esta abolición se deriva del hecho de que “las fuerzas productivas de que dispone la sociedad ya no favorecen el desarrollo de las condiciones de propiedad burguesa; al contrario, se han vuelto demasiado potentes para estas condiciones, que se convierten ahora en trabas”. El comunismo pretende que la humanidad se libere de su dependencia frente a las fuerzas económicas y naturales. El pequeño productor, a quien De Man le promete que respetará su “unidad económica”, no sólo sería entonces un anacronismo económico, sino un esclavo de las fuerzas económicas separado del resto de la colectividad. Dados los objetivos del comunismo, en lugar de dejar que sobreviva el pequeño productor, debe hacerle desaparecer, como hace con todos los anacronismos, pero en unas condiciones infinitamente mejores a las del régimen capitalista, pues el Estado proletario le garantizará la supervivencia, al igual que a todos los asalariados. Una vez hemos distinguido entre la necesidad moral del plan y las necesidades del desarrollo de las fuerzas económicas y sociales, podemos decir algo sobre “las ramas de la producción que quizá nunca se verán arrastradas a la órbita de la industrialización, de la concentración de empresas y de la transformación de los productores independientes en proletarios”.

De Man declara abiertamente que esto supone resucitar las ideas de Bernstein sobre las clases medias. Sin embargo, Kautsky y R. Luxemburg ya señalaron que aunque las estadísticas mostraran su crecimiento numérico, la importancia económica de éstas disminuye en la misma proporción en la que se desarrolla la concentración industrial. R. Luxemburg decía: “La lucha de las empresas medianas contra el gran capital no hay que considerarla como una batalla continua en la que las tropas del bando más débil se van consumiendo poco a poco, sino más bien como una siega periódica de pequeños capitales que brotan de nuevo rápidamente para ser segados de nuevo por la gran industria. Estas dos tendencias, la ascendente y la descendente, juegan a la pelota con las clases medias capitalistas y, a fin de cuentas, es la tendencia descendente la que provoca su furia ante el desarrollo de la clase obrera. Pero esto no significa que disminuya el número de empresas medianas, sino que, primero, el capital mínimo necesario para el

* Remitimos a nuestros lectores a la cita extraída de un estudio de De Man en el Boletín del Banco Nacional de Bélgica, publicada en el nº 4 de *Bilan*, en la que se esfuerza en demostrar que la lucha de los pequeños productores contra el monopolio está condenada al fracaso, por lo que toda ayuda que se les preste es inútil. Pero a De Man no le preocupa contradecirse...

funcionamiento de las empresas en las antiguas ramas productivas aumenta progresivamente, y segundo, que el intervalo de tiempo durante el cual los pequeños capitales conservan la explotación de las nuevas ramas de la producción disminuye constantemente.” (*¿Reforma o revolución?*).

Lo cierto es que la supervivencia de los pequeños capitales –que frecuentemente son la vanguardia técnica del gran capitalismo– depende evidentemente de los altibajos del capitalismo en su conjunto y su desaparición no es posible si no desaparece el propio capitalismo. En este aspecto, el plan demuestra simplemente sus deseos de dejar intacto el sistema económico burgués y nada más.

Pero el verdadero engaño de esta nacionalización mixta basada en conceptos morales se descubre examinando el problema de la expropiación con indemnización. A este respecto, O. Bauer tuvo el honor de anticiparse a De Man; en 1919, demostró que una brutal expropiación de la propiedad capitalista e inmobiliaria sólo acarrearía una formidable devastación de los medios de producción, reduciría a las masas populares a la miseria y consumiría el producto nacional: “la expropiación de los expropiadores debe llevarse a cabo en orden y de manera adecuada, si no queremos destruir el aparato productivo de la sociedad ni poner obstáculos al desarrollo de la industria y la agricultura...”. Por tanto, “las indemnizaciones que deberán recibir los actuales propietarios se sacarán de un impuesto sobre el capital.” (O. Bauer). Desgraciadamente, en Austria hemos podido ver cómo se indemnizaba a los propietarios capitalistas sin haberles expropiado siquiera. Esto se ha hecho reduciendo los salarios y las pequeñas ganancias, aumentando progresivamente los impuestos a las capas más pobres de la población. En el mejor de los casos, esto significa que el Estado interviene para compensar las pérdidas de determinadas ramas industriales, gracias a esta plusvalía presupuestaria.

El camarada Gourov³, en una carta que ha enviado a los bolcheviques-leninistas de Bélgica (Arbeit-Holanda) sobre el plan De Man, afirma que estos rescates expropiatorios quizá eran concebibles –sólo concebibles– antes de la guerra, pero ahora, con la pauperización de las masas trabajadoras y el aumento del capital constante, esto es absolutamente imposible. Esta hipótesis retrospectiva nos parece que tiene poco fundamento. La victoria revolucionaria no es concebible sin la insurrección de los trabajadores, que representa la más violenta ruptura con la tradición del derecho de propiedad burgués. Tanto antes de la guerra como ahora, la expropiación depende de la victoria del proletariado, que implica inevitablemente una implacable lucha entre las clases que se niegan a desaparecer, con o sin indemnización, y el proletariado, que pretende crear un orden nuevo. Por eso la expropiación de los medios de producción y de los organismos centrales de crédito sólo se puede efectuar mediante la violencia, destruyendo el poder de la burguesía. La revolución rusa es buen ejemplo de que una expropiación violenta viene acompañada de una desorganización económica. Pero cuando es la supervivencia de la clase históricamente reaccionaria que está al frente del mecanismo económico la que provoca la desorganización de toda la sociedad, el proletariado se ve obligado a plantearse, como decía Marx sobre 1848, unas reivindicaciones “que aunque parezcan insuficientes e insostenibles desde el punto de vista económico, se irán superando en el curso del movimiento y son indispensables para revolucionar todo el modo de producción”. Por lo demás, la experiencia de la revolución rusa ha demostrado que sólo tras aplastar a la burguesía se puede pasar a reorganizar la economía sobre la base de la expropiación violenta de los expropiadores.

Pero el problema de la continuidad en el funcionamiento de la economía no sólo está presente en estos sueños socializantes de L. Laurat o de O. Bauer; De Man concreta este problema indicando los límites de la nacionalización en su economía mixta. “Hay que nacionalizar lo menos posible”, dice De Man en uno de

³ Gourov era un seudónimo empleado por Trotsky.

sus artículos de *Peuple*, “hay que limitar la nacionalización al mínimo indispensable”, en base a unas condiciones previas, que son:

1º Como el socialismo es democrático, su acción debe apoyarse, en cualquier situación económica y social, en la voluntad política de la mayoría, en una voluntad que refleje los intereses económicos de las clases sociales.

2º Hay que mantener un amplio sector de economía libre como contrapeso a la burocratización estatal, que se manifiesta en la transformación de los monopolios en servicios públicos.

3º La imposibilidad de formar inmediatamente al personal que debe gestionar adecuadamente las administraciones que han de crearse.

Desde el punto de vista político, la primera y la tercera condición hacen ya imposible cualquier nacionalización orientada hacia el socialismo, pues esto es imposible mediante la gradual conquista pacífica de una mayoría, como ha demostrado la experiencia alemana y austriaca. Además, el hecho de que los apoderados de la burguesía se mantengan en los puestos de mando de la economía confirma claramente la voluntad del plan de respetar la propiedad burguesa y, por tanto, desvela sus verdaderas intenciones. La segunda condición es un llamamiento demagógico a los pequeños industriales y comerciantes que carece de sentido.

En efecto, las leyes del sistema económico capitalista conllevan, paralelamente a un aumento del capital constante, la concentración de empresas y la centralización de los capitales en manos de una oligarquía que pasa a controlar tanto el Estado como la vida económica. Partiendo de esta base, es imposible que el sector libre pueda resistir a la presión de los grandes monopolios. En lo que respecta al proletariado, no puede coexistir como poder económico y político al lado del poder capitalista, ya se trate de un capitalismo competitivo o no (y el propio capitalismo tampoco permitirá que exista un poder enfrentado al suyo). Los monopolios capitalistas dejarán que sobrevivan algunos sectores “libres”, que estarán continuamente a su merced, pues no disponen de materias primas o capitales que les permitan hacer valer sus propios intereses. El proletariado, al contrario, debe plantear las bases para que desaparezca la economía basada en la transformación de los productos en mercancías y con ella todo el régimen económico capitalista. Por tanto, la diferencia que establece De Man entre la economía nacionalizada y la economía libre se revela totalmente abstracta: la burguesía monopolista domina el sector libre, le somete totalmente, mientras que el Estado proletario implica su completa desaparición, así como la de las clases, gracias al libre desarrollo de las fuerzas de producción.

Resumiendo, hemos demostrado que la economía mixta que propone el plan, desde el punto de vista objetivo, se basa únicamente en el apoyo del Estado a las industrias con pérdidas (lo que él denomina expropiación), algo que tranquiliza a la burguesía en lo que respecta a las verdaderas intenciones del P.O.B. Por poner un ejemplo, durante la huelga de la industria textil, en la región de Verviers, un dirigente de los sindicatos obreros, el diputado Duchesne, del P.O.B., respondió a un redactor del *Peuple*: “¿Qué es lo que hace el gobierno para ayudar a la industria textil que siempre se encuentra entre las industrias nacionalizadas de segunda fila? ¡Ni siquiera ha creado el organismo crediticio que le reclamamos desde hace tanto tiempo!” (*Peuple*, 1/3/1934).

Esta práctica solución de la economía mixta, que se llevará a cabo gracias a los sacrificios que tendrán que hacer los obreros y que se subordina a la previa conquista de una mayoría constitucional y a un

frente de trabajo con las clases medias, se revela como un simple instrumento electoral, un exutorio para los proletarios, a quienes se les pedirá que apoyen el Estado capitalista para que éste pueda intervenir reforzando los sectores económicamente débiles. Y es que, para De Man, el proletariado ya no es una clase llamada construir una nueva sociedad, sino un tropel de borregos que, baltando por una mayoría electoral, sólo piden que les den la hierba que necesitan para reproducirse.

B.- La nacionalización del crédito.

Para De Man, nacionalizar el crédito significa: “crear y poner en marcha un organismo que represente el interés común, un poder directivo único para organizar y distribuir el crédito... El organismo que representa el interés común y a quien se puede confiar este poder no es otro que el Estado.” Esta nacionalización implica crear un Instituto de Crédito, organizado en régimen de cooperativa autónoma, que transforme en un monopolio de interés público el monopolio que actualmente está en manos de los grandes bancos privados. Pero semejante nacionalización tiene sus límites, que consisten en “conservar los organismos bancarios que se encargan actualmente de distribuir el crédito en beneficio del capital financiero privado.” Por tanto, no se puede decir que este sistema de distribución vaya a centralizar mucho. Los medios prácticos para esta nacionalización consisten en una legislación *ad hoc* que permita al Estado transferir al Instituto de Crédito los títulos suficientes como para que el Estado tenga capacidad de influir sobre la dirección de los grandes organismos bancarios. Esta transferencia de títulos, evidentemente, se hará amistosamente o a través de indemnizaciones por la expropiación. El personal de los organismos bancarios no se vería afectado, siempre que colabore “leal y desinteresadamente”, por supuesto. Y para acabar, habría que considerar la posibilidad de crear un comisario financiero elegido directamente por el poder legislativo, un órgano central de dirección para este sector nacionalizado del crédito.

Hay dos ideas en la argumentación de De Man que merecen cierta atención: 1º El Estado representa el bien común; 2º El Instituto de Crédito fusiona al Estado con los bancos.

Como ya hemos señalado, la idea esencial del capitalismo en el periodo actual es movilizar alrededor del Estado a todas las clases de la sociedad. Evidentemente esto es una tendencia congénita a todas las clases que dirigen un Estado y que intentan mantener su dominio. Sin embargo, en el caso del capitalismo, esto se refleja en una forma particular, pues la concentración y la centralización de la economía están destinadas no ya a seguir el camino que pretende la burguesía, sino a desviarse hacia la revuelta de aquella fuerza social determinada por el proceso económico: el proletariado. Para subsistir, la burguesía pasa a la ofensiva y, en nombre de sus intereses, concentra activamente las fuerzas sociales de la sociedad alrededor de sus objetivos específicos. Esta concentración sólo puede llevarse a cabo si se modifica radicalmente la función que le corresponde al proletariado, lo cual implica un enorme fortalecimiento del Estado capitalista para que éste pueda instalarse en el centro mismo de las masas; por una parte, el Estado debe ejercer un control directo sobre los explotados mediante la supresión de sus organizaciones y el aumento de los medios represivos que le suministran las propias clases oprimidas, y por otra parte debe producirse un drenaje de proletarios hacia el Estado, que “representa el interés común”.

Esta concentración de fuerzas sociales solo puede realizarse mediante la completa fusión de los monopolios bancarios e industriales –para quienes además el plan prevé la formación de un Consorcio– y el aparato estatal así reforzado. Esto significa que el actual desarrollo de las fuerzas de producción obliga al capitalismo a solucionar sus contradicciones específicas **únicamente** en el terreno de la guerra imperialista por la conquista de nuevos mercados, por lo que todas las ramas de la producción deben estar **directamente** unidas al Estado; el grado que ha alcanzado el desarrollo de la economía prácticamente ha anulado la

competencia entre ellas y las ha llevado a fusionarse más o menos completamente. El Instituto de Crédito se corresponde con esta tendencia capitalista, y no es más que un instrumento para ayudar a las ramas con pérdidas.

Pero la nacionalización del crédito, en sí misma, mientras se deje con vida el poder del Estado capitalista, parece más un pobre camelo que una concepción científica. Desde el punto de vista real, representa el intento de poner al proletariado a disposición del capitalismo, un proletariado que según el plan debe apoyar este fortalecimiento del Estado y su relación con el capital financiero, exigiendo únicamente participar con su trabajo, para que así el Estado pueda expresar fielmente los intereses de la “nación”. Ante la ausencia total de acción obrera, la ideología confusa e incomprensible de la nacionalización del crédito permitirá a los reformistas cloroformizar a los trabajadores y que las maniobras capitalistas se desarrollen con éxito.

HACIA LA PROSPERIDAD...

El segundo punto del plan se propone “someter la economía nacional así reorganizada al interés general, tratando de ampliar el mercado interno para reabsorber el paro y crear las condiciones que allanen el camino de una mayor prosperidad económica”. Y todo esto se conseguirá mediante las siguientes ocurrencias:

1º Una política crediticia que favorezca especialmente a las ramas de la economía que se deben desarrollar si se quiere que el plan tenga éxito.

2º Una política de precios (lucha contra las exacciones de los monopolios, etc.) que tienda a estabilizar las ganancias agrícolas, industriales y comerciales.

3º Una política laboral (reducción del tiempo de trabajo, normalización de los salarios mediante un régimen legal de contratos de trabajo: reconocimiento sindical, comisiones paritarias, convenios colectivos, salario mínimo).

4º Una política monetaria. Reconocimiento de la URSS. Integración del Congo en la nueva economía nacional, etc., etc. Y para terminar, una política fiscal que libere al comercio y la industria y una política de seguridad social basada en unas cotizaciones que deben aportar los trabajadores y sus patronos.

Henos aquí ante la demagogia más estúpida y más burda que además se expresa con conocimiento de causa. Para reanudar la producción, bastaría pues con una política crediticia. Ahora bien, esta política debería aplicarse ante todo a las ramas principales de la producción: carbón, acero, ferrocarriles, electricidad, etc., ramas cuya monopolización permite nacionalizarlas y que deben funcionar a pleno rendimiento para que el plan tenga éxito, pues de lo contrario no son rentables. Y precisamente son estas industrias –particularmente en un país como Bélgica que vive esencialmente de sus exportaciones industriales– las que producen para el mercado mundial. Por otra parte, las industrias ligeras y de consumo no pueden aumentar su demanda de material en el mercado interno debido al descenso del consumo individual, que por una parte se debe a la disminución del capital variable (salarios) en relación al capital constante, y por otra a la falta de mercados exteriores para las industrias que emplean un reducido capital constante. Por tanto, una política crediticia, como mucho, representa una ayuda del Estado a las industrias nacionales para que puedan enfrentarse a la competencia extranjera.

Dado que la reanudación de la producción es imposible sobre la base de un aumento del consumo interno, pues esto supone que el capitalismo debe consentir benévola­mente que se aumente el capital variable en relación a la plusvalía, sólo la demanda exterior podría atraer inversiones a estas ramas fundamentales, al mismo tiempo que permitiría contratar más trabajadores, aumentar los salarios y el consumo interno. A falta de esta reanudación, al capitalismo sólo le queda reducir los gastos de producción y perfeccionar los medios de producción, para poder hacer frente a la concurrencia. Y en esas condiciones – gracias a la falta de mercados y al encogimiento del mercado interno– la reanudación se vuelve imposible sin la intervención militar de los diferentes bloques imperialistas.

Una vez demostrado que es imposible liquidar las contradicciones fundamentales del capitalismo sin liquidar al propio capitalismo, podemos comprender que lo único que pretende el plan es “asombrar”, convencernos poniendo en el escaparate unas palabras pseudocientíficas y unas afirmaciones tan estúpidas como carentes de significado. Así, la estabilización de las ganancias, la política monetaria y la integración del Congo a la economía nacional, se convierten en frases que pretenden impresionar más que explicar una orientación. Es cierto que De Man es el padre del “misticismo social”, que su intención es crear ideas-fuerza. Y, prometiendo acabar con el paro, un poco a la manera demagógica del fascismo, lanzando un programa económico incomprensible, contradictorio, utópico y reaccionario, cree que puede orientar a las masas hacia los verdaderos objetivos del capitalismo. Hay un punto de estas directivas que se corresponde perfectamente con estos objetivos. Es el que apunta a unir los sindicatos con el Estado, a impedir cualquier conflicto de clase mediante una red legal y obligatoria de comisiones mixtas y arbitrajes. Esta práctica, tan alabada entre los reformistas, sin embargo aún no es legal. Aquí, De Man se acerca a los demócrata-cristianos, quienes ya en 1932 plantearon una reivindicación semejante para cortar de raíz todo intento de lucha. En su conjunto, los objetivos del capitalismo van más allá, y el plan De Man los defiende prudentemente.

Y, en efecto, no es casualidad que De Man exponga el problema de la defensa nacional y de la guerra justo después de haber expuesto su plan y particularmente después de hablar de la absorción de paro mediante el desarrollo del mercado interno. Si la burguesía acepta el plan de trabajo, crearía, según él, las condiciones que permitirían que el proletariado se sumara a la defensa nacional. Al margen de que la burguesía acepte o no, el proletariado, para él, cuando menos debería haber modificado su actitud hacia este problema tras la llegada al poder de Hitler. De Man clama por una defensa nacional aún más eficaz, y evidentemente para él esto implica que la burguesía acepte el plan de trabajo, lo que permitiría reducir la supuesta carga del paro, proteger el mercado interno contra el dumping social de los países de mano de obra barata y crear una “nación mejor”, las únicas condiciones que pueden predisponer al proletariado a defender la “patria”.

Ligar la situación de los trabajadores al problema de la guerra, esa es la verdadera intención de toda la verborrea del plan sobre el impulso a la industria nacional y la extensión del mercado interno. Y desde el punto de vista del capitalismo, esa es la única solución capaz de resolver las contradicciones sociales y económicas que engendra su modo de producción; esta es la única verdad que se esconde tras la campaña del P.O.B., esta campaña demagógica hacia los parados y el conjunto de la clase obrera.

EN EL MARCO DE LA CONSTITUCIÓN

El último punto de plan se propone: “realizar en el plano político una reforma del Estado y del régimen parlamentario que cree las bases de una verdadera democracia económica y social”.

En primer lugar, todos los poderes emanarán del sufragio universal, y tanto la independencia como la autoridad del Estado y del poder público sobre el poder económico se garantizarán mediante la organización social y económica del país (que el plan menciona pero no explica). Luego, se prevé crear también un consejo económico adjunto a los comisarios financieros y de transportes –de carácter consultivo pero con derecho de control. Una Cámara ejercerá el poder legislativo pero será asistida en la elaboración de las leyes por consejos consultivos cuyos miembros serán elegidos al margen del Parlamento y en razón de su competencia.

Resumiendo, la reforma del Estado se limita a suprimir el Senado y a crear consejos corporativos o económicos, que funcionarán de manera centralizada y tendrán un control directo sobre las masas obreras.

Antes de la guerra, la concepción clásica del revisionismo con respecto al Estado consistía en que con el desarrollo de las cooperativas, los sindicatos y el electorado socialista, sería posible apoderarse gradualmente del Estado y reformarlo para convertirlo en instrumento del socialismo. Para nosotros, el plan concibe el Estado tal y como lo hacían los revisionistas clásicos, mientras que la concepción marxista del Estado es la que tenía Lenin antes de la guerra, la que se concretó en octubre de 1917 en Rusia. El plan De Man lleva esta idea revisionista hasta el extremo, pues en un periodo en el que **no se trata ya de corromper sino de movilizar**, es necesario concretar este concepto de Estado.

Por supuesto que el plan no concibe al Estado tal y como es en realidad, el instrumento de una clase, del mismo modo en que el revisionismo de Bernstein no se basaba en la realidad, sino en un Estado completamente inventado. El Estado capitalista no se basa en el Parlamento o el Senado, sino más bien en la realidad de las bayonetas, en sus múltiples medios de represión, en una administración estatal ligada al capitalismo. En la medida en que el mecanismo democrático, que se yergue sobre la base de estos verdaderos pilares del Estado, oculta a las masas el carácter de clase de las instituciones capitalistas, puede mostrarse como un reflejo “liberal del conjunto de la nación”, mientras corrompe a los jefes proletarios y a sus organizaciones e impide que evolucionen las luchas.

Pero, hoy más que nunca, su realidad se concreta en la represión directa de la lucha obrera, pasando por encima de los prejuicios democráticos ya sea mediante medios “legales” o con los asaltos de las hordas fascistas.

La reforma a la que apunta el plan es, por tanto, esencialmente capitalista, pues en lugar de dirigirse a los pilares fundamentales del aparato estatal, pretende centralizarlo aún más y reforzarlo: los recursos militares de la nación pueden servir tanto para reprimir el movimiento obrero como para preparar la guerra (enrolar mercenarios es una práctica cada vez más común en los países capitalistas democráticos).

El gobierno de plenos poderes es un paso más de esta simplificación del aparato estatal: permite que el capitalismo monopolista intervenga rápidamente, ya sea para luchar contra la clase obrera o contra otros bloques capitalistas. Pero esto no es una reforma, sino un paso más. La verdadera reforma sólo es posible si el capitalismo destruye las organizaciones obreras o las recluta, pues de lo que se trata es de movilizar a los proletarios para la guerra, calentarlos, embriagarlos y dirigirlos contra sus hermanos. **La reforma del Estado que propone el plan hay que considerarla, por tanto, como la variante socialista del gobierno de plenos poderes. Esta es su realidad.**

ALGUNAS EXPERIENCIAS HISTÓRICAS

Como ya hemos dicho, el plan De Man no es una novedad. Después de la guerra ya se intentaron numerosas “reformas” socialistas de la sociedad burguesa. Inmediatamente después de armisticio, la socialdemocracia austriaca lanzó un plan de socialización en unas condiciones bastante favorables. Renner era el Canciller de Austria y O. Bauer fue nombrado por la Asamblea Nacional presidente de la comisión encargada de redactar los proyectos de ley sobre la socialización. Les apoyaba el conjunto del proletariado. A pesar de esto, sólo se votó y se aplicó una ley: la de los consejos de fábrica, quienes en nombre del control de la producción, algo imposible sin una insurrección victoriosa del proletariado, se convirtieron en frenos para aplastar las luchas obreras. El plan de los austro-marxistas, al igual que el plan De Man, en principio pretendía garantizar la continuidad del funcionamiento económico, procediendo gradual y pacíficamente por la vía de la democracia. “La revolución política (?) ha sido obra de la violencia, decía O. Bauer, la revolución social sólo puede ser obra de un trabajo constructivo y organizativo.” (Arbeiter-Zeitung, 1919). Se debían socializar las industrias fundamentales, expropiándolas a cambio de una indemnización integral mediante un impuesto sobre la renta. Había que conservar un sector libre, pero dirigido, y el Estado jugaría el papel de árbitro entre los explotados y los capitalistas no expropiados y participaría en la gestión de las ramas socializadas. Evidentemente, el sufragio universal debía ser el árbitro supremo que eligiera los poderes públicos.

En esta época, la Comuna húngara era un ejemplo contagioso para los obreros austriacos; por eso apareció la socialdemocracia con sus proyectos socializantes. Después de 1920, una vez canalizados los obreros alrededor de la socialdemocracia y aplastada la Comuna húngara, el bloque de las fuerzas burguesas sustituyó democráticamente a Renner y puso en su lugar a un social-cristiano. Inmediatamente toda esa palabrería sobre la socialización se relegó a los museos como decoración y empezó de nuevo la lucha por la conquista pacífica de la mayoría. Los cañones de Dollfus, estas últimas semanas, acaban de solucionar el problema de la mayoría, así como el de la socialización: es la fuerza, la correlación de fuerzas, la única que puede resolver definitivamente el problema del Estado y el de la socialización.

La única experiencia histórica que ha sido concluyente en la resolución de estos problemas ha sido la revolución rusa, evidentemente. El punto central de la lucha de los bolcheviques era tomar primero el poder político: apoderarse del Estado, derribarlo y levantar el Estado proletario; la dictadura de la clase obrera a través de su partido revolucionario es la única medida que permite abatir el poder capitalista y socializar los medios de producción fundamentales, simple y llanamente expropiándolos, así como expropiar los bancos y centralizar el crédito en manos del Estado proletario. La experiencia rusa fue la respuesta proletaria a las convulsiones sociales surgidas de la guerra y abordó el problema del poder proletario en su verdadera perspectiva. En cambio, la experiencia austriaca, al igual que la alemana, representa la respuesta capitalista, es decir, el estrangulamiento de la lucha revolucionaria a través de la socialización pacífica, dejando que subsista el poder capitalista y su aparato estatal. La derrota del proletariado alemán, a quién se le había otorgado la constitución democrática de Weimar como testimonio de que era posible socializar pacíficamente gracias al apoyo de la mayoría, como en Austria, mostró claramente los inevitables y lógicos resultados que conllevan estos planes de reforma efectuados en el marco de la constitución y en nombre de las sagradas mesas de la democracia burguesa. En la inmediata posguerra, el capitalismo tenía que detener la lucha revolucionaria del proletariado, canalizarlo alrededor de objetivos que permitieran al capitalismo organizar su resistencia y preparar su ofensiva. Hoy de lo que se trata es de movilizar al proletariado alrededor de la lucha capitalista, aniquilando toda posibilidad de lucha clasista: los actuales planes de la

socialdemocracia y la N. R. A. de Roosevelt* con sus códigos del trabajo responden al mismo objetivo: acentuar la centralización del aparato estatal y su relación con el capital financiero.

LA SITUACIÓN BELGA Y EL PLAN

La huelga general de julio de 1932 fue la reacción culminante del proletariado belga al progresivo deterioro de sus condiciones de vida. Su amplitud hizo comprender a la burguesía que le era imposible mantener su dominio con los medios tradicionales de la democracia burguesa y el apoyo total de las organizaciones socialdemócratas. Tenía que reorganizar su dominio, crear unas condiciones en las que la impotencia de los obreros se conjugase con la posibilidad de reducir sus condiciones de vida, sus libertades de clase y de organización. Por eso el torpedeo de la huelga de julio por parte de la socialdemocracia tuvo como epílogo la disolución de las Cortes. El P.O.B. se puso inmediatamente a canalizar la lucha obrera alrededor de las elecciones.

El resultado fue que después de enero de 1933, confiada con su estable mayoría parlamentaria y tras haber salido airosa de una de las más importantes batallas del proletariado, la burguesía se dirigió hacia la formación de un gobierno de plenos poderes. Los decretos-ley de este gobierno golpearon duramente a la clase obrera y provocaron una cierta efervescencia entre los trabajadores, que se expresaron hasta abril a través de manifestaciones, a menudo pacíficas pero a veces violentas. Como respuesta, el P.O.B. redactó una petición para que se disolvieran las Cortes “por haber engañado al país”. Se trataba de ahogar el deseo de lucha de los obreros. La maniobra se efectuó con un brillante éxito gracias a que la izquierda socialista pudo movilizar a los obreros para esta comedia empleando una fraseología revolucionaria. En esta época, la debilidad de los comunistas no les permitió dar a conocer su posición**.

La izquierda socialista se reveló entonces como la expresión esencial del P.O.B. Se desarrolló inmediatamente después de la huelga de julio como respuesta socialdemócrata al disgusto y la indignación de las masas, como un instrumento bien adaptado a las nuevas circunstancias y que permitía dar continuidad a la función de la socialdemocracia entre los obreros. La rapidez con la que se desarrolló esta izquierda se correspondió con toda una sucesión de maniobras reformistas para frenar la lucha, y su apogeo llegó después de abril de 1933.

Las lecciones de este periodo pueden resumirse así: la conmoción de julio de 1932 obligó a la burguesía a orientarse hacia la reorganización de su aparato de dominio. Llegó el gobierno de plenos poderes. El P.O.B se ofreció voluntariamente a participar en esta transformación, iniciando el estrangulamiento de la lucha de clases mientras las izquierdas socialistas que iban surgiendo retenían a los proletarios detrás del Partido Obrero.

Este periodo concluyó con una profunda derrota de la clase obrera, que vio como sus organizaciones sindicales empezaron a sucumbir ante los golpes directos del gobierno cuando comenzaron a aplicarse los decretos-ley. Sin embargo, los deseos de luchar de los obreros aún no se habían apagado y, en octubre de 1933, los mineros fracasaron al tratar de desencadenar una huelga general. A pesar del resultado del referéndum, que tuvo un 90% de sufragios a favor del “sí”, la maniobra para evitar la huelga triunfó gracias a las izquierdas socialistas.

* Véase el estudio sobre el plan de Roosevelt que se publicó en el nº 3 de *Bilan*.

** Evidentemente no nos referimos a los bolcheviques-leninistas, que apoyaron la petición (¡¡al mismo tiempo que la denunciaban!!) en nombre de la “la teoría de la experiencia”.

Llegados a noviembre de 1933, cuando apareció el plan De Man, gracias sus izquierdas, el P.O.B. había logrado aplastar todo intento de lucha. Pero tras los sucesos de Alemania, incluso esto era insuficiente: lo principal era reorganizar el aparato estatal para precipitar los antagonismos inter-imperialistas y paralizar definitivamente a la clase obrera. Incluso en el propio seno de la burguesía ya se dejaban oír voces sobre la reorganización corporativa del Estado, sobre todo en los medios de la juventud católica. Es entonces cuando el Sr. Crockaert, antiguo ministro de las colonias, personalidad destacada del partido católico, lanzó sus violentos ataques contra el hiper-capitalismo, la “muralla del dinero”, etc.

Para responder a estos nuevos intereses del capitalismo, que trataba como poco de sobrevivir, la socialdemocracia tuvo que adaptar su programa. Y los requisitos concretos que le permitían hacerlo ya se cumplían: la inmovilización del proletariado y su unión a la socialdemocracia a través de las izquierdas socialistas. Era el momento oportuno para que apareciera el plan De Man: en su conjunto, el P.O.B., desde la derecha a la extrema izquierda, estaba preparado para difundirlo entre la clase obrera como única solución a su miseria.

El plan De Man, pues, es un intento de sustituir el programa “socialista” del P.O.B. por otro claramente capitalista, un programa que responda a la nueva orientación de la burguesía belga.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y EL PLAN DE TRABAJO

La función de la socialdemocracia desde la pasada posguerra ha cambiado, y también lo hará en el futuro. De la misma forma que evoluciona la conciencia de clase del proletariado, también evoluciona progresivamente esta función, en un sentido de mayor acercamiento al capitalismo. Todas las circunstancias de posguerra confirman esta apreciación, pues a medida que se clarifican los antagonismos sociales, a medida que se concretan en la conciencia proletaria a través de la reivindicación de la revolución comunista, la socialdemocracia se ve obligada a acentuar su subordinación al capitalismo. La llegada del fascismo en Alemania y el hundimiento de la socialdemocracia alemana reflejan su destino y el aspecto que adquiere su función en las particulares condiciones de los países capitalistas que salieron derrotados con el tratado de Versalles, carentes de ese circuito de colonias. Estas condiciones requieren la aniquilación de la fermentación proletaria mediante la destrucción violenta de sus organizaciones de clase. Esa es la única forma que tiene el capitalismo para movilizar al conjunto del proletariado alrededor del Estado así reorganizado.

Afirmar, como lo hace el camarada Gourov en una carta a la oposición belga sobre el plan De Man, que tras los sucesos de Alemania la socialdemocracia se ve obligada a defender su propia existencia y por eso luchará contra el fascismo, o que para ella el peligro ya no está a la izquierda, sino a la derecha, equivale a invertir completamente los términos del problema. La función **esencial** de la socialdemocracia permanece **esencialmente** inalterable y en el periodo actual progresa constantemente: tras la victoria del fascismo en Alemania, la socialdemocracia, que aún sobrevive en los países democráticos, no puede sino dar una vuelta de tuerca más a su función, y no precisamente acercándose a los intereses del proletariado –algo imposible tras 1914– sino a los del propio capitalismo, concentrándose alrededor de las supuestas conquistas democráticas que el proletariado ha adquirido en el régimen capitalista, concentración que se refleja en el bloque que forma con la burguesía por la defensa del régimen nacional democrático contra el fascismo de Hitler y de Mussolini. Como acaba de demostrar el ejemplo francés, esta posición de la socialdemocracia permite que el capitalismo se oriente hacia la formación de gobiernos de plenos poderes con el objetivo de preparar a la “nación” para la guerra.

Una vez hechas estas consideraciones, vamos a ver cuáles han sido las posiciones que han adoptado el Partido Comunista, la Oposición de Izquierda y la Liga de los Comunistas Internacionalistas. Pero antes nos parece interesante señalar la postura que han adoptado las izquierdas socialistas ante el plan: su acuerdo fue unánime tras el Congreso de Navidad del P.O.B., en el que la izquierda presentó una tímida resolución sobre las condiciones que determinan que la lucha sea legal o ilegal, cuyo “espíritu” fue aceptado por De Man. Su órgano, *L’Action Socialiste*, desplegó una campaña para crear esa “mística del plan”. En esa época existía ya un conflicto bastante importante en la industria textil de la región de Verviers; la izquierda socialista ni siquiera intentó conciliar su famosa mística con la lucha en curso. Eso ocurrió algo después, cuando a través de un referéndum los obreros textiles expresaron su deseo de que se convocara una huelga general y la batalla parecía inevitable. Sólo entonces la izquierda socialista se atrevió a relacionar tímidamente el plan de trabajo con este conflicto, pidiendo al Partido Obrero que no “desfalleciera” para evitar las “decepciones”. Por otra parte, tras aceptar con entusiasmo el plan De Man, la izquierda socialista se tapó los ojos ante el problema de la defensa nacional. En resumen, nuestra opinión sobre la Segunda Internacional y tres cuartos, publicada en el nº 1 de *Bilan* (“las izquierdas socialistas no evolucionan hacia el comunismo, sino hacia la socialdemocracia”), se ha visto plenamente confirmada con la evolución que ha sufrido la izquierda socialista en Bélgica.

Por lo que respecta a la actitud del partido comunista, aunque éste mantenía una postura de clase, es decir, de lucha abierta contra el plan de trabajo, no tenía ninguna repercusión debido a su completo aislamiento en el propio terreno de la lucha de clases: los sindicatos. Sus gritos contra la fascistización de la socialdemocracia, por sí mismos, no sólo no explicaban el significado histórico concreto del plan, sino que les servía para justificar su separación de las organizaciones de clase, a las que confundía con su dirección reformista. Por otra parte, su oposición al plan perdió todo su valor cuando paralelamente formaron un frente único con los “social-fascistas” para que el gobierno reconociera a la URSS, por no hablar de que su oposición al plan era exclusivamente verbal y se expresaba mediante injurias más que con consignas de lucha para la movilización de los sindicatos.

En cuanto a la Oposición de Izquierda, su reacción contra el plan fue espantosamente confusa. Conviene primero señalar que su consigna principal: “por un gobierno socialista”, le llevó primero a dar su apoyo “práctico” a la lucha por la implantación del plan De Man. Es cierto que surgió una oposición a esta postura. Por otra parte, en la carta ya mencionada, el camarada Gourov propugnaba una actitud intermedia, que consistía en denunciar el “plan tramposo” a la vez que se declaraba dispuesto a luchar codo a codo con los socialistas en el caso en que la burguesía simulara fijarse en él. Su órgano, la *Voix Communiste*, decía en noviembre de 1933 sobre el plan: “Los jefes del P.O.B. exigen el poder para realizar un plan que en cinco años suprimirá el paro y dará el pan necesario a todos. Luchemos por llevarles al poder. Exijamos la preparación de una huelga general que tenga como reivindicación principal la dimisión del gobierno de Broqueville y la instauración de un “gobierno socialista””.

Fue a partir de enero de 1934 cuando la *Voix Communiste* empezó a oponerse tímidamente. Su resolución del 14 de enero decía: “el plan de trabajo que ha aprobado el Congreso del P.O.B. es un nuevo instrumento conservador de la democracia”, pero los comentarios que acompañaban a esta resolución destruían completamente el valor de esta afirmación. Y es que para ellos la nacionalización de bancos y de la gran industria, así como el hecho de que la socialdemocracia, “frente a la tendencia cada vez más reaccionaria de los dirigentes burgueses, plantea su candidatura al poder prometiendo una mejora

inmediata de la suerte de las masas obreras y pequeño burguesas y conservar y desarrollar (?) los derechos adquiridos”, son elementos positivos para la lucha revolucionaria. Una vez publicada esta resolución, que aunque contradecía toda su campaña de apoyo “práctico” al plan se presentó como su lógica consecuencia, la Oposición de Izquierda se limitó a criticar el problema de la defensa nacional tal y como lo plantea el plan, intentando “salvar” a la izquierda socialista y a la Joven Guardia Socialista de la horrible trampa a la que les llevaba la perfidia de De Man.

Pero en lugar de atraer a esta izquierda, las consignas de la Oposición de Izquierda la han acercado a ella. La postura de la Oposición, sobre todo a partir de abril de 1933, partía de la base de que esta izquierda supuestamente evolucionaba hacia el comunismo, por lo que había que impulsar esta evolución apoyándoles en su lucha contra el reformismo.

Resumiendo, el único grupo que ha adoptado una actitud clasista en medio de esta campaña de movilización de los obreros por parte del capitalismo, haciendo frente a la descomposición centrista y a la impotencia de la Oposición de Izquierda, ha sido la Liga de los Comunistas Internacionalistas. Ya en la época de la petición fue la única que adoptó una postura claramente en contra, una posición de lucha categórica. Y también se opuso al plan De Man: “el deber de todo revolucionario, dice el Boletín de la Liga, frente a este nuevo engaño, consiste en aclarar a los trabajadores el verdadero significado de este complot reaccionario que se llama plan De Man”.

Por tanto, en Bélgica, la Liga de los Comunistas es la única formación proletaria que actualmente trata de oponerse al plan De Man, el único núcleo revolucionario que refleja la oposición del proletariado a las fuerzas reaccionarias del P.O.B. Su debilidad extrema refleja la debilidad del proletariado belga en la actual situación para oponerse al ataque del capitalismo.

El plan no se ha topado con una seria resistencia por parte de la clase obrera, y eso que estamos en un periodo en el que la amenaza de conflicto está a la orden del día. De Man ha presentado su plan en la Comisión Sindical de Bélgica con un extraordinario cinismo: nada de huelgas parciales o generales, estos son mitos a derribar. He aquí su lenguaje. Ya no se trata de desempeñar el papel de “guardafrenos” de la lucha revolucionaria de los obreros, sino de llevarla hacia unos objetivos que la hagan imposible. Trabajadores y burgueses están en la misma balsa y a la deriva, deben luchar juntos. Esta es la idea esencial del plan y ahí es donde se revela su función socialdemócrata: “sofocar la lucha de clases, agitar los espíritus, crear una atmósfera, un ambiente (una mística como dicen algunos socialistas), un entusiasmo que permita que los obreros acepten los sacrificios a través de una “alianza” con otras clases, como si esto fuera un paso hacia el socialismo. Tiende a reforzar la “Unión Sagrada” con la burguesía que selló en 1914”. (Boletín de la Liga de los Comunistas Internacionalistas).

Con el plan De Man la socialdemocracia intenta adaptarse a las necesidades de este nuevo capitalismo “democrático”, movilizándolo a toda la “nación” para la futura guerra a través del estrangulamiento de la lucha de clases. La miseria de los trabajadores ya no les llevará a la lucha reivindicativa, que es la única condición que permite pasar a las luchas generales y revolucionarias, sino al rescate de la nación capitalista en su conjunto, algo que sólo es posible si el proletariado se suma a la defensa nacional. Esta es la realidad de la lucha socialdemócrata en su fase actual. Sólo la lucha revolucionaria contra toda la socialdemocracia, llevada a cabo por las fracciones de izquierda, permitirá forjar las armas ideológicas para combatir simultáneamente tanto la putrefacción del centrismo como a los agentes de la burguesía, permitiendo al proletariado levantar cabeza y retomar su lucha de manera victoriosa.

ORGANIZACIÓN Y DISCIPLINA COMUNISTA:

Las premisas del problema

Los problemas inherentes a las relaciones internas en los partidos revolucionarios tienen gran interés y actualidad, ya sea por la reciente e importante discusión en el Partido Comunista Ruso, porque salen de nuevo a la luz en cada polémica que mantienen los comunistas con los otros partidos que se reclaman del proletariado, o porque aparecen en los debates internos cada vez que hay alguna divergencia o crisis en nuestra organización comunista internacional.

Generalmente la cuestión se plantea de manera errónea, oponiendo al criterio de la centralización mecánica el de la democracia mayoritaria. Pero la cuestión hay que plantearla siguiendo el método dialéctico e histórico, pues para marxistas como nosotros estas reglas organizativas, la centralización o la democracia, no tienen el valor de “principios” obligatorios, ni nos ayudan a resolver este problema.

En uno de los números de *Rassegna Comunista*, el autor de estas líneas publicó un artículo sobre “*El principio democrático*”*, y considerando su posible aplicación en el Estado así como en las organizaciones sindicales y políticas, demostró que para nosotros ese supuesto principio carece de consistencia, pues el mecanismo de democracia mayoritaria sólo nos es útil en determinados organismos, en determinadas situaciones históricas.

El pensamiento marxista implica una crítica a la pomposa ilusión de la mayoría, según la cual el camino correcto depende de una votación en la que cada individuo tiene el mismo peso y la misma influencia. Y esta crítica al criterio mayoritario lo convierte en algo ilusorio, no ya sólo cuando se aplica al Estado burgués parlamentario, lo que supone un monumental engaño, sino también al aplicarlo al Estado revolucionario, a las organizaciones económicas proletarias e incluso a nuestro partido, que se reserva la posibilidad de aplicarlo a falta de una forma organizativa mejor. Nosotros, los marxistas, sabemos mejor que nadie la importancia que tienen las minorías organizadas y la necesidad imperiosa de que la clase y el partido que la conduce funcione, en las fases de lucha revolucionaria, bajo la estricta dirección de sus jerarquías organizativas, siguiendo la más sólida disciplina.

El hecho de que estemos libres del ese prejuicio igualitario y democrático no debe llevarnos, sin embargo, a basar nuestra actividad en un nuevo prejuicio, el de la negación formal y metafísica del principio democrático. A este respecto, remitimos al lector a la primera parte de nuestro artículo sobre la cuestión nacional*, en el que se habla del método que hay que emplear para resolver los grandes problemas que se plantean al comunismo.

En la práctica, el mecanismo organizativo y las normas de funcionamiento interno de los partidos comunistas siguen una línea intermedia, por decirlo así, entre el centralismo absoluto y la democracia absoluta. Esto se refleja en la expresión “centralismo democrático” que hallamos en los textos de la Internacional, algo que el camarada Trotsky ha recordado oportunamente, provocando una gran discusión entre los camaradas rusos.

* Ver *Bilan* nº 2 y nº 3.

* Se trata de un artículo de A. Bordiga sobre la cuestión nacional que esperamos poder publicar próximamente.

Para nosotros, los problemas revolucionarios no se resuelven con los principios abstractos y tradicionales de “libertad” y “autoridad”. Por otra parte, tampoco nos satisface el expediente que consiste en mezclar los dos métodos citados, considerándolos como coeficientes que hay que combinar.

La postura comunista sobre los problemas de organización y disciplina debe ser mucho más completa, satisfactoria y original. La fórmula que sintetiza esto y que venimos usando desde hace tiempo se refleja en la expresión “centralismo orgánico” (que por supuesto se opone a todo criterio federalista o autónomo y que considera el término “centralismo” como síntesis y unidad, lo contrario a una asociación casi accidental o “libre” de las fuerzas que surgen de las iniciativas independientes más diversas). Esta formulación se desarrolla de manera más completa en los textos que están a disposición del V Congreso de la Internacional. En este estudio sólo se hablará de sus premisas iniciales. También se trata este problema, en parte, en las Tesis sobre la táctica para el IV Congreso de la I.C., que fueron publicadas en *Stato Operaio*.

Ahora tenemos que referirnos a algunos acontecimientos históricos que hay que tener en cuenta si no queremos dar soluciones demasiado simplistas a este problema, dando siempre la razón a la mayoría la que se expresa a través del voto o, al contrario, dándosela a las jerarquías centrales y supremas. De lo que se trata es de demostrar cómo, a través del verdadero camino dialéctico, se pueden resolver de manera efectiva los dilemas, a veces penosos, que conllevan los problemas de disciplina.

Veamos cuál es la historia de los partidos socialistas tradicionales y de la Segunda Internacional. Cuando los grupos oportunistas se hicieron con la dirección, estos partidos se refugiaron a la sombra de los principios burgueses de democracia y autonomía de los diferentes órganos. Esto evidentemente no les impidió agitar el espantajo de la disciplina a las decisiones de la mayoría o de los jefes, frente a los grupos de izquierda que reaccionaban ante las corrientes oportunistas y revisionistas. Es más, lo que permitía a estos partidos cumplir su función era precisamente la disciplina, que se convirtió en el principal expediente sobre todo tras estallar la guerra mundial. Su función, que había ido degenerando, consistía en servir de instrumento a la burguesía para movilizar ideológica y políticamente a la clase obrera. Se acabó imponiendo así una verdadera dictadura por parte de los elementos de la derecha, contra la cual tuvieron que luchar los revolucionarios. Y no luchaban porque el partido hubiera violado sus principios internos de democracia, o porque hubiera que combatir ese criterio de concentración del partido de clase –principio reivindicado por la izquierda marxista–, sino porque había que enfrentarse a las fuerzas efectivamente anti-proletarias y antirrevolucionarias en esa realidad concreta.

De esta forma, el método de construir fracciones de oposición contra los grupos que dirigían estos partidos estaba plenamente justificado, así como la crítica implacable contra ellos, lo que finalmente llevó a una separación y una escisión que permitió fundar los actuales partidos comunistas.

Es evidente, por tanto, que el criterio de la disciplina “por la disciplina”, en determinadas situaciones, es algo propio de los contrarrevolucionarios y sirve para obstaculizar el proceso que lleva a formar un verdadero partido de clase.

El más glorioso ejemplo de cómo se debe despreciar la influencia demagógica de los sofismas, nos lo suministra precisamente Lenin, que a pesar de ser cien veces atacado como disgregador e infractor de los deberes para con el partido, prosiguió su camino imperturbablemente, reivindicando unos criterios sanamente marxistas de centralización orgánica en el Estado y en el partido de la revolución. En cambio, el

ejemplo más nefasto de cómo se aplica la disciplina de manera formal y burocrática es K. Liebknecht, que el 4 de agosto de 1914 se creyó obligado a dar su voto de aprobación a los créditos de guerra.

Es cierto, pues, que en un momento dado la orientación revolucionaria se manifiesta mediante la ruptura disciplinaria, rompiendo con la jerarquía de la organización preexistente. La posibilidad de que esto se produzca, quizá de manera continua, deberá ser estudiada en su momento.

Lo mismo ocurre con las organizaciones sindicales, que en muchos casos siguen hoy dirigidas por grupos contrarrevolucionarios. Aquí también vemos la ternura que sienten los dirigentes por la democracia y la libertad burguesas, dirigentes que se cuentan entre aquellos que ven con espanto las tesis comunistas sobre la fuerza de la dictadura revolucionaria... Esto no es óbice para que los comunistas que luchan en el seno de tales organismos deban denunciar continuamente los procedimientos dictatoriales de la burocracia dirigente, y el método concreto para tratar de derrotarlos consiste en reivindicar asambleas en las que se vote según el criterio democrático. Esto no nos convierte en creyentes dogmáticos de la democracia estatutaria, pues no hay que excluir la posibilidad de que en ciertas situaciones pueda ser necesario tomar la dirección de semejantes organismos mediante la fuerza. La guía que nos lleva a nuestro objetivo revolucionario no consiste para nosotros en respetar formal y constantemente a los jefes oficialmente investidos, ni en cumplir indispensablemente todas las formalidades de una consulta electoral. Repetimos que la solución se halla en el empleo de un método completamente diferente y superior.

El problema se vuelve mucho más difícil y delicado cuando pasamos a examinar la vida interna de los partidos y la Internacional Comunista. Todo un proceso histórico nos separa de aquella época en la que surgieron fracciones de la vieja Internacional, fracciones que eran partidos dentro del partido y que provocaron una ruptura sistemática de la disciplina y luego la escisión, fecunda en consecuencias revolucionarias.

Nosotros opinamos que la cuestión de la organización y la disciplina en el movimiento comunista no se puede resolver si no es en estrecha relación con las cuestiones teóricas, programáticas y tácticas.

Podríamos imaginarnos un tipo ideal de partido revolucionario, una especie de límite que pretendemos alcanzar, e intentar trazar la constitución interna y las normas de vida de este partido. Llegaríamos fácilmente a la conclusión de que en este partido no estarían permitidas las fracciones o los disidentes de los órganos de base frente a las directivas de los órganos centrales. Pero si aplicamos *sic et simpliciter* estas conclusiones a la vida de nuestros partidos y de nuestra Internacional, no habremos resuelto nada. Y no porque la aplicación integral de estos criterios no sea deseable, sino porque en la práctica no nos acercaríamos ni un centímetro a nuestro objetivo. Los hechos nos llevan a considerar que la división de los partidos comunistas en fracciones, más que una excepción, es la regla, así como las divergencias, que a veces se transforman en conflictos entre los partidos y la Internacional.

Desgraciadamente, la solución no es tan sencilla.

Hay que tener en cuenta que la Internacional aún no funciona como un partido comunista mundial unido. No hay duda de que ese es su objetivo y de que ha dado pasos de gigante, comparado con la antigua Internacional. Pero la mejor garantía de que esto ocurra, de que se procede de la mejor forma posible y en la dirección deseada, adecuando nuestro trabajo comunista a este objetivo, es completar nuestra confianza en la capacidad y la esencia revolucionaria de nuestra gloriosa organización mundial con un trabajo continuo

basado en el control y la valoración racional de todo lo que sucede en nuestras filas, incluidas nuestras posturas políticas.

Si consideramos la disciplina en su grado máximo y perfecto, tal y como ocurriría si todos estuviésemos de acuerdo en las soluciones críticas que hay que dar a los problemas del movimiento, si pensamos que la disciplina no es un resultado, sino un medio infalible que se puede usar con los ojos cerrados, diciendo “a secas”: la Internacional es el partido comunista mundial y por tanto hay que acatar fielmente los que digan sus órganos centrales, entonces estamos invirtiendo los términos del problema con sofismas.

A la hora de iniciar nuestro análisis de esta cuestión, debemos recordar que los partidos comunistas son organismos de adhesión “voluntaria”. Esto es algo inherente a la naturaleza histórica de los partidos y no se debe a ningún “principio” o “modelo”. El hecho es que no podemos obligar a nadie a que se una a nosotros, pero podemos establecer reglas de disciplina interna; cualquier militante es libre de abandonarnos cuando crea oportuno. No pretendemos analizar si esto es bueno o malo, el hecho es que esta es la realidad y no hay forma de cambiarla. Por tanto, podemos adoptar la fórmula, que ciertamente tiene muchas ventajas, de absoluta obediencia a las órdenes que vienen de arriba.

Las órdenes que dan las jerarquías centrales no son un punto de partida, sino un resultado de la función del movimiento, entendido como colectividad. Y esto no hay que entenderlo en un estúpido sentido democrático o jurídico, sino en su sentido real e histórico. No pretendemos defender ningún supuesto “derecho” de las masas comunistas a elaborar las directivas a las que los dirigentes se deben atener. Nos limitamos a constatar que la formación de un partido de clase se presenta en estos términos, estas son las premisas sobre las que hay que analizar y plantear el problema.

De esta manera podemos comprender el esquema que debe guiarnos. No es que la disciplina mecánica permita aplicar las órdenes y las disposiciones que vienen de arriba, “sean cuales sean”: hay un conjunto de órdenes y disposiciones –las que responden al objetivo real del movimiento– que garantizan la máxima disciplina, es decir, la acción unitaria de todo el organismo, mientras que hay otras directivas que comprometen la disciplina y la solidez organizativa, aunque las haya dado el centro.

De lo que se trata entonces es de trazar las tareas de los órganos dirigentes. ¿Quién deberá hacer esto? Todo el partido debe hacerlo, toda la organización, no en el sentido banal y parlamentario del derecho a decidir el “mandato” que hay que otorgar a los jefes elegidos y los límites de éste último, sino en un sentido dialéctico que tiene en cuenta la tradición, la preparación y la verdadera continuidad del pensamiento y la actividad del movimiento. Precisamente porque somos anti-demócratas, pensamos que en ciertas ocasiones la minoría puede llegar a adquirir una visión más estrechamente ligada a los intereses del proceso revolucionario que la mayoría. Desde luego, esto ocurre excepcionalmente y, cuando sucede, este trastorno disciplinario es algo muy grave, como ocurrió en la vieja Internacional. Desde luego lo deseable es que esto no se vuelva a producir en nuestras filas. Pero sin llegar a estos extremos, existen otras situaciones menos agudas y críticas en las que sin embargo la contribución de ciertos grupos puede ser útil e indispensable a la hora de precisar las directivas que emanan del centro dirigente.

Resumiendo, estas son las bases para estudiar de esta cuestión, una cuestión que deberá abordarse teniendo en cuenta la verdadera naturaleza histórica del partido de clase, que es un organismo que tiende a ser la expresión de la unión hacia el objetivo concreto y común de todas las luchas particulares que surgen en el terreno social, un organismo al que sus militantes se adhieren voluntariamente.

Resumimos así nuestra tesis, que creemos que es fiel a la dialéctica marxista: la acción y la táctica del partido, es decir, la manera en la que actúa “exteriormente” el partido, tiene a su vez consecuencias sobre su organización y constitución “interna”. Quienes con el pretexto de una ilimitada disciplina pretenden comprometer al partido en una acción, una táctica o una maniobra estratégica “cualquiera”, es decir, sin límites concretos y conocidos por el conjunto de los militantes, comprometen fatalmente al partido.

Sólo llegaremos a esa deseada máxima unidad y solidez disciplinaria cuando abordemos el problema sobre este planteamiento, pero no podemos pretender resolverlo con fútiles normas de obediencia mecánica.

Amadeo BORDIGA (mayo de 1924).

LAS DIFICULTADES DE LA OPOSICIÓN RUSA

RAKOVSKY DEPONE LAS ARMAS

L'Humanité ha publicado recientemente un telegrama de Rakovsky en el que declara que se somete a la disciplina del partido. El camarada Trotsky ha publicado una nota inmediatamente, en la que tras de declarar que no se trata de una capitulación ideológica y política, escribe: “Hemos repetido muchas veces que la restauración del partido comunista en la URSS sólo puede hacerse internacionalmente. El caso Rakovsky confirma esto de una forma negativa pero clamorosa.”

Nos solidarizamos con esa apreciación sobre el arrepentimiento de Rakovsky, pues su último gesto no tiene nada que ver con las vergonzosas capitulaciones de Radek, Zinoviev o Kamenev. Pero de ningún modo estamos de acuerdo con la conclusión política a la que llega el camarada Trotsky. No se trata sólo de afirmar el criterio internacional y general sobre el cual podrá llevarse a cabo la restauración del partido comunista en la URSS, sino que hay que precisar de qué modo piensa el camarada Trotsky hacerlo. Rakovsky sabía que la Oposición de Izquierda se encaminaba hacia la formación de la IV Internacional, colaborando con las izquierdas socialistas. Muy probablemente ignoraba que, para el camarada Trotsky (véase la carta de Gourov sobre la nueva orientación), la creación de la IV Internacional era la única forma de ayudar a los bolcheviques-leninistas rusos. Basándose en unas informaciones que había leído en la prensa rusa, Rakovsky (que tiempo atrás escribió: “Hay algo peor que la prisión o la deportación: la capitulación”), en lugar de verse reforzado por la nueva postura de Trotsky y profundizar su oposición, ha evolucionado en la dirección opuesta: la resignación a la disciplina del partido. Dado el camino que ha emprendido el camarada Trotsky hacia la IV Internacional, podemos afirmar que el caso Rakovsky representa una confirmación “clamorosa”, pero no de la política que ha aplicado la Oposición de Izquierda, sino de sus errores.

Desde una perspectiva más general, hay que tener en cuenta que el caso Rakovsky no es un caso aislado y que si, por una parte, existen muchos militantes que persisten en su actitud de lucha contra el centrismo, por otra, se verifica una verdadera derrota en los círculos dirigentes. Aunque los dirigentes de la Oposición ciertamente representan el capital más valioso, esta crisis, que se prolonga desde 1927 y que nos ha llevado a la actual situación en la que el camarada Trotsky está completamente aislado mientras el resto se ha unido al centrismo, no se debe a errores individuales. Y es que los cimientos sobre los que se levantó la Oposición rusa no se apoyaron en las cuestiones de principio que debían representar la base para un nuevo reagrupamiento del proletariado internacional y no daban pie a una cohesión organizativa y política. Ya en 1926 el camarada Bordiga había planteado la necesidad de que el proletariado internacional ayudara al proletariado ruso, que no podía seguir siendo el dispensador de la ideología comunista. Esto explica las numerosas crisis de la oposición rusa y el caso Rakovsky.

Nosotros, que no estuvimos entre los corifeos que rodearon al camarada Trotsky y que padecieron su experiencia política, en ningún caso apoyaremos a los anti-trotskistas que especulan sobre el caso Rakovsky.

Se trata de problemas políticos condicionados por factores históricos. Para salir de las terribles dificultades que atraviesan, los camaradas rusos necesitan la ayuda indispensable de los comunistas de otros países. Pero hasta el momento los camaradas rusos sólo han hallado militantes dispuestos a rivalizar en bajezas, aislándoles.

Singular inversión ésta de la idea de solidaridad política, que lleva a socavar las propias bases de la organización política y la expone a una crisis que sólo se puede solucionar construyendo fracciones de izquierda.

EL CASO CALLIGARIS

“El propio Calligaris no se decide a abandonar la URSS. Efectúa gestos objetivamente provocadores, pero no logra encontrar el camino de vuelta.” (Comunicado del C.C. del Partido Comunista Italiano).

Calligaris, ya lo hemos dicho antes, no es ni un periodista alemán, ni un ingeniero inglés, ni un cura norteamericano. Si perteneciera a alguna de estas categorías sociales capitalistas, sabría hacer gestos conscientemente provocadores y encontrar el camino de vuelta. Los acuerdos diplomáticos que le llevaron a Rusia aún estarían en vigor, permitiéndole llegar a la frontera, aunque se demostrara en un juicio que es un saboteador a sueldo de las clases desposeídas por la revolución de 1917.

Pero Calligaris sólo es un proletario que ha llegado a Rusia gracias a acuerdos muy diferentes. Después de participar en la fundación del Partido Comunista de Italia, de defender las organizaciones obreras arriesgando su vida ante los puñales y los revólveres fascistas, después de ser deportado, se fugó al extranjero. Entonces, cuando pudo constatar la terrible dispersión del movimiento comunista, no quiso creer en la palabra de sus viejos amigos, no suscribió las conclusiones a las que llegaron los militantes de la izquierda con los que había fundado el partido en Italia. Quiso conocer la realidad por sí mismo. Al llegar al extranjero, no abandonó sus viejas ideas. Tenía que elegir entre entablar relaciones con nuestra fracción, en cuyo caso le habría sido imposible conocer la situación rusa, pues no habría podido llegar allí siendo un hereje, o bien no entablar relaciones y obtener un permiso para llegar a la URSS. Evidentemente, para un proletario que había dedicado su vida a la causa proletaria, lo primero era el angustioso problema de saber si el Estado proletario aún representaba un factor decisivo para la terrible lucha del proletariado italiano y para la revolución mundial. Y el centrismo, que creía que podía desviar esta orientación de Calligaris, aprovechó la ocasión y le llevó a Rusia. Quizá una vez allí, como tantos otros, en lugar de pensar en los intereses del proletariado italiano y mundial, evolucionaría gradualmente y terminaría fijándose únicamente en sus propios intereses y buscaría una vida tranquila. Pero los centristas se equivocaron, Calligaris no se prestó a sus tratos. Una vez comprendió la realidad de la URSS, adoptó una postura de lucha contra una política que creía contraria a los intereses de la revolución comunista.

Por eso, según los centristas, “Calligaris no logra encontrar el camino de vuelta”. Es cierto, Calligaris llegó a Rusia por el camino de las dudas, y después de ver la situación real en la Unión Soviética y en qué posturas políticas se basa ahora el estado proletario, ya no puede volver como vino. Confía en sí mismo, sabe qué lugar debe ocupar, quiere reunirse con los camaradas que han fundado la fracción de izquierda para salvar la bandera que se levantó en Livorno cuando se fundó el partido italiano.

Habiendo entrado en Rusia gracias a un convenio que afectaba al proletariado, no es sorprendente que hoy el centrismo le ponga todos los obstáculos para no dejarle salir de la URSS, pues ésta ya no negocia más que con el capitalismo.

Lo que exigimos, de momento, es que cese este equívoco. El centrismo dispone de los medios para que Calligaris salga de la URSS. Ha pedido salir. El centrismo sólo tiene que darle los medios técnicos. Si el centrismo persiste en el silencio o en el equívoco, nos demostrará que la única vía para sacar a Calligaris de Rusia es la agitación entre los proletarios del partido, primero, y entre todo el proletariado, después.